

SERVICIO
SECRETO

SS

TONTO A LA VISTA

Lou Carrigan



Apareció de pronto ante la quinta que la Duquesa de Castellamare tenía en la Villa Borghese de Roma, conduciendo un formidable y elegantísimo «Mercedes» último modelo.

Cuando el portero que salió de la casa al oír la llamada en el timbre de las verjas se acercó a éstas para abrirlas, vio ya de lejos el «Mercedes», y comprendió en el acto, con su fino instinto para detectar la clase y categoría de las personas por medio de su automóvil, que la visita era importante.



Lou Carrigan

Tonto a la vista

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1587

ePub r1.0

Lds 01.02.19

Título original: *Tonto a la vista*

Lou Carrigan, 1981

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

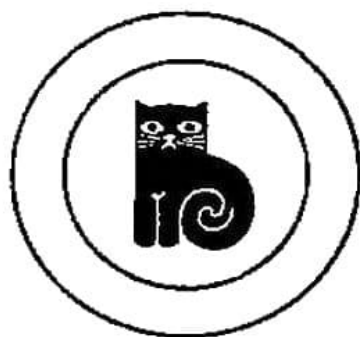
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Apareció de pronto ante la quinta que la Duquesa de Castellamare tenía en la Villa Borghese de Roma, conduciendo un formidable y elegantísimo «Mercedes» último modelo.

Cuando el portero que salió de la casa al oír la llamada en el timbre de las verjas se acercó a éstas para abrirlas, vio ya de lejos el «Mercedes», y comprendió en el acto, con su fino instinto para detectar la clase y categoría de las personas por medio de su automóvil, que la visita era importante.

Pero, cuando el hombre llegó ante las verjas, y lo vio al otro lado, se dijo que debía haber un error en alguna parte. El hombre que estaba allí, mirándole sonriente, no podía haber llegado en el «Mercedes». ¡De ninguna manera! Era un coche que debía valer alrededor de los cien millones de liras, de modo que había un error. En alguna parte había un error.

El hombre que estaba entre las rejas y el «Mercedes» calzaba botas camperas, llevaba un gran sombrero negro de alas anchas, y entre el sombrero y las botas, unos pantalones tejanos del más puro estilo, y un jersey tan negro como el sombrero, de cuello abierto y manga corta. Un desastre. Al menos, para conducir un «Mercedes».

Lo que había bajo el sombrero directamente, ya le gustó más: un rostro grande, noble, simpático, de ojos oscuros y vivos, sonrientes; una gran bocota que todavía sonreía más que los ojos, y una nariz sólida y hermosa... pero rota por algún mamporro recibido tiempo atrás. Era la cara que al portero le habría gustado que tuviera alguno de sus amigos.

—¿Diga, señor? —inquirió, solemnemente.

El visitante pareció desconcertado.

—¿Qué tengo que decir? —preguntó.

—¿Qué desea usted?

—¡Ah! Quiero tres refugios atómicos. O sea, al revés: antiatómicos. De ésos en los que uno se mete para salvar el pellejo cuando tiran por ahí una bomba de ésas, ¿comprende?

—Sí, señor. El señor desea ver a la señora Duquesa.

—¿El señor? ¿Qué señor?

—Usted, señor.

—¿Yo? No. Yo quiero tres refugios atómicos. Y me han dicho... Hombre, un momento. ¡Es verdad! ¡Me han dicho que los vende la señora Duquesa de Castellamare! ¿Está la señora Duquesa?

—¿A quién debo anunciar, señor?

—¡Y yo qué coño sé a quién debe usted anunciar! ¡Nos ha fastidiado el cancerbero!

—¿Su nombre, señor?

—¿El mío?

—Sí, señor. Si es tan amable de indicármelo, para anunciarle a la señora Duquesa...

—¡Ya lo creo que soy amable! Recuerdo que una vez, en Texas, un tipo se cayó como un bobo en medio de la calle. Se dio un batacazo que fue la monda, vamos. Y como suele suceder, la gente comenzó a reírse del pobre hombre. Yo no. Yo fui allá, le ayudé a ponerse en pie y le dije: ¿Se ha hecho usted daño, señor? Y le acompañé hasta que me juró por toda su familia que ya estaba bien y que podía dejar de preocuparme por él. ¿Esto es o no ser amable?

—Sin duda alguna, señor —sonrió por fin el portero, sin poder contenerse—. ¿Cuál es su nombre?

—Cuidado con las bromas, ¿eh? —Alzó un dedote el visitante—. ¡No admito bromas con mi nombre! Tengo muy buen genio, pero si se ríen de mi nombre me coge un cabreo que para qué voy a contarle... Me llamo Francesco Malatesta... ¡Cuidado con las bromitas, mi cabeza no tiene nada malo! ¿De acuerdo?^[1]

—De acuerdo, señor. Le anunciaré a la señora Duquesa. Si es tan amable de esperar en el coche unos minutos... ¿O no es de usted el coche?

—¿De quién va a ser, si no? ¿Ve usted a alguien más por aquí? Y otra cosa, amigo. A Francesco Malatesta no le hace esperar ni el Papa del Vaticano... Es un decir, ¿comprende? De modo que abra de una jodida vez y déjeme entrar. Es que me duele el culo de estar

sentado en el coche, ¿comprende?

El portero volvió a sonreír, titubeó un instante y acabó por abrir la verja.

Francesco Malatesta entró, señaló el «Mercedes» por encima del hombro, y dijo:

—Como se ha portado usted bien, le dejo conducir el coche hasta delante de la casa. Tome —sacó un rollo de billetes americanos y le tendió uno de cien dólares—. Para gasolina.

El portero se quedó mirando estupefacto el flamante billete de cien dólares, y consiguió reaccionar, moviendo negativamente la cabeza.

—Oh, no, no, señor... No.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Han vuelto a subir el petróleo? ¡Y yo sin enterarme, paseándome por el mundo como un bobo...! ¡Les voy a enviar un telegrama que se les van a caer los huevos al suelo del susto! Está bien, aceptemos la subida. Tome otro papelito.

Puso otro billete de cien junto al primero, se los incrustó en la mano al portero y se dirigió silbando hacia la casa. El portero, que jamás en su vida había recibido una propina semejante, tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar, conseguido lo cual, se guardó los billetes, se metió en el «Mercedes» y lo condujo hacia la casa, paseando por el corto sendero junto a Francesco Malatesta, que le saludó alegremente, gritando:

—¡Hágase cuenta que es suyo y verá qué bien, amigo!

Cuando llegó ante la casa, el portero ya le esperaba en la puerta. Se inclinó deferentemente, y Francesco, tras volverse para echar una mirada a los jardines, entró en la casa. Emitió un silbidito de admiración, agitando una mano de modo que sus dedos chascaron.

—¡Jooo... lines! ¡Vaya cabaña, amigo!

—Es un viejo «palazzo», señor. La señora Duquesa lo tiene por herencia, como todos los Castellamare. Si hoy día alguien tuviese que comprarlo, se arruinaría.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto vale?

—Pues no sé, señor... Pero en dólares, más o menos, unos tres millones, quizás cuatro, no sé.

—Me lo quedo —dijo Malatesta, sacando un talonario de cheques—. ¿Lo extendiendo al portador?

El hombre soltó una carcajada.

—Creo que será mejor que le haga esa oferta a la señora Duquesa, señor. Yo no estoy en condiciones de vender nada de esta casa; sólo soy el mayordomo.

—¡Zambomba! Pero si yo creía que era usted el Duque, por lo menos. Como viste con tanta elegancia...

—Sí el señor es tan amable de acompañarme al saloncito de espera... —consiguió decir sin reír el portero-mayordomo.

—Que sí, hombre, que ya le he dicho que soy amable. Vamos allá.

Segundos más tarde, Francesco Malatesta quedaba a la espera de la señora Duquesa de Castellamare, en un precioso saloncito decorado con exquisito gusto.

Desde la ventana se veía parte del jardín soleado. Un precioso día de principios de verano. Un cielo nítidamente azul, un lugar grato. ¡Qué hermosa es la vida!

Pero en cuanto a hermosura, la vida tuvo pronto una seria rival: la muchacha que apareció un par de minutos más tarde en el saloncito, sonriente, mirando con expresión escrutadora y divertida a Malatesta; con la expresión de quien ya ha sido advertido por el mayordomo del pintoresquismo del visitante.

El cual, al oír los pasos, volverse, y ver a la muchacha, quedó súbitamente paralizado, pasmado, como desconectado de todos sus resortes vitales. Miró de arriba abajo a la bellísima muchacha morena, de negros y largos cabellos ondulados, boca roja, ojos negrísimos, facciones de ensueño. Y un cuerpo, moldeado por el ligero vestido estival, que era la demostración visible de que no hay nada tan bello como una mujer.

—¿Señor Malatesta? —Casi rió la muchacha, ante el pasmo de Francesco.

Éste se quitó el sombrero tejano, dejando al descubierto sus cortos cabellos rizados, y tartamudeó:

—A... a sus p-p-pies, se-señora... Duquesa...

—Se confunde usted —rió ya declaradamente ella—. Yo no soy la duquesa, sino su nieta, Benedetta de Castellamare. Es un placer conocerle, señor Malatesta.

Le tendió la mano. Francesco se acercó, la tomó con la suya, enorme, fortísima, y la sacudió dos o tres veces antes de lanzar una exclamación como de reproche, a sí mismo, tras lo cual se llevó a

los labios la delicada mano femenina, y dijo:

—Beso a usted la mano.

Y estampó en el dorso de la delicada mano tres besos que sonaron como tres pistoletazos. Benedetta de Castellamare soltó otra carcajada, retiró la mano y señaló un sillón.

—¿No quiere sentarse, señor Malatesta?

—Quiero lo que usted quiera.

—Entonces, sentémonos. Y dígame —preguntó, sentándose—: ¿de qué parte de Italia es usted?

—¿Yo? ¡De Texas!

—Texas... Bueno, me parece que eso no está en Italia...

—Llevo a Italia en el corazón. De modo que Italia está donde estoy yo. Y como yo resido en Texas, Italia está en Texas, de modo que yo soy de Texas, Italia. No sé si me he explicado...

—Desde luego que sí. ¿Es usted descendiente de italianos emigrados a los Estados Unidos?

—Sí. Nadie es perfecto. Es lo único que tengo contra mi amada *mamma* (que Dios tenga en Su Gloria): que me pariese en los Estados Unidos de América en lugar de parirme en Roma... Hasta me habría conformado con Génova, pongo por caso.

—¿Sabe, señor Malatesta? —rió de nuevo Benedetta—. ¡Habla usted perfectamente el italiano!

—Es que lo practico mucho, allá en Nueva York, con otros italianos como yo.

—¿En Nueva York? ¿Nueva York está en Texas?

—No, no. Pero está muy cerca, a un disparo de avión. Y yo voy y vengo a Nueva York. Voy y vengo, voy y vengo, voy y vengo... ¿Comprende? ¡Cosas de negocios!

—¿Qué negocios? —No podía dejar de reír la muchacha.

—Oh, petróleo, gas, porquerías así... Adivine usted qué hizo mi padre en cuanto llegó a Estados Unidos.

—Pues... no sé. Evidentemente, hizo algo que dio lugar a que usted naciera allí... ¿No?

—¡Muy fino! —rió Malatesta—. ¡Muy fino, de veras! ¡Qué modo tan elegante de decir que preñó a mi madre...! Bueno, claro que hizo eso, pero además se metió enseguida en negocios de petróleo. Fue una jugada sucia: me dejó podrido de dinero. Soy accionista y consejero de yo qué sé cuántas empresas petrolíferas... pero nunca

doy ni golpe.

—¿Quiere decir que no trabaja?

—Pues no. Yo bien quisiera, se lo aseguro, pero mis amigos, o sea, los otros accionistas y consejeros, siempre me dicen: nada, hombre, Frankie, nada... ¡Tú a divertirte por ahí! Ya nos encargaremos nosotros del trabajo... ¡Para eso estamos los amigos! ¿Verdad que tengo unos amigos estupendos?

—¡Estupendísimos!

—Lo que no me gusta mucho es que me llamen Frankie, pero les cuesta pronunciar Francesco. ¡Con lo fácil que es! Fran-ces-co... ¿No es fácil?

—Facilísimo, señor Malatesta...

—*Francesco, per piacere.*

—Oh, sí, con mucho gusto. Bien, Francesco...

—¡Ay! ¡Ay, Dios mío!

—¿Le ocurre algo? —Se sobresaltó Benedetta—. ¿Se encuentra usted mal, Francesco?

—¡Ay...! ¡Lo ha vuelto a decir! ¡Santissima Madonna, cómo pronuncia Francesco!

—Me alegra que le guste mi pronunciación. —Benedetta se había resignado ya a no poder dejar de reír—. Quería preguntarle, Francesco, si Matteo ha entendido bien: ¿desea usted comprar *tres* refugios antiatómicos?

—Sí, sí.

—¿Tres?

—Tres. ¿No pueden venderme tres?

—Y trescientos. Cuantos más mejor. Es sólo que nos sorprende un poco...

Benedetta volvió la cabeza y se puso en pie para recibir a la dama que acababa de entrar en el saloncito. Debía tener cerca de setenta años, y su porte era firme y decidido. Cabellos blancos, ojos oscuros rodeados de arrugas no excesivas, belleza marchita y lejana, pero no olvidada... Una auténtica dama. Malatesta también se puso en pie.

—Abuela —dijo Benedetta—, te presento al señor Francesco Malatesta. Francesco; mi abuela, Amalasumta de Castellamare.

—Encantada, señor Malatesta. ¿Cómo está usted?

—Pues... encantado también, señora Duquesa. Y maravillado

por la primera edición.

—¿Qué? —se sorprendió la anciana.

—La primera edición de belleza. Su nieta es la tercera, usted es la primera.

—Es usted muy amable —sonrió Amalasumta de Castellamare.

—Y muy simpático —dijo Benedetta—. Francesco desea comprar tres refugios antiatómicos, abuela.

—¡Ah! ¡Magnífico! —La Duquesa se sentó—. ¿Son para algunos amigos, señor Malatesta?

—No, no. Éstos son para mí. Quiero tener uno en Texas, otro en Nueva York y otro en Europa, posiblemente en Roma... Bueno, nada de posiblemente: seguro que en Roma, seguro. ¿Dónde, si no, en Europa?

—El que le costará menos dinero será el de Roma —sonrió la Duquesa—. Lo digo por los gastos de transporte del refugio desmontado... ¿Quién le indicó que se dirigiera a mí para esta compra, señor Malatesta?

—Nadie en particular. Oí comentarios sobre esto en París, en el «Hotel George V», donde estuve alojado. Agucé el oído, me aseguré de que había oído bien, y me vine a Roma para comprarme esos chismes.

—Es una buena inversión, aunque precisamente los pocos posibles clientes que de momento tengo en París piensan que es demasiado dinero. Les parecen caros, así que están tratando con otra empresa de la competencia.

—Yo creo que nada que sirva para conservar la vida es caro —dijo Francesco.

—Es un punto de vista lógico e inteligente, pero no todo el mundo puede gastarse quinientos mil dólares en un refugio antiatómico. Y si hay que transportarlo a Estados Unidos, el precio final sería de seiscientos mil dólares cada refugio.

—O sea, que los tres que yo quiero, contando con que uno de ellos estará en Roma, van a costarme... un millón setecientos mil dólares.

—Sí, ésa es la cifra.

Malatesta sacó un talonario de cheques, extendió uno, lo firmó y se acercó a la Duquesa, entregándoselo. Ésta tomó el cheque, sonriente, lo miró y soltó un fuerte respingo.

—¡Pensé que me daba usted un anticipo a cuenta! —exclamó.

—Oh, no. Eso significaría tener que extender luego otro cheque y, francamente, firmar cheques me aburre.

—Pe-pero... entregar así, sin más, casi dos millones de dólares...

—Tengo más —sonrió Malatesta.

Se volvió a sentar. Benedetta tomó el cheque de manos de su abuela, lo miró y luego miró atónita a Malatesta.

—Es contra un banco de Suiza —murmuró.

—¡Ssst! —Se llevó Francesco un dedote a los labios—. ¡Cuidado, hay espías del Fisco americano en todas partes!

La muchacha soltó una risita. Estaba tan aturrida como su abuela.

—Señor Malatesta —murmuró la anciana—, no hace mucho que me dedico a esto, y debo decirle que hasta ahora no he tenido mucho éxito...

—Espero que los refugios que usted construye sean buenos, o sea, que funcionen.

—No los construimos nosotras —dijo Benedetta—, sino una empresa de Turín. Esa empresa propuso a mi abuela nombrarla representante de todas las ventas de refugios en la mitad Sur de Italia, y dada la actual situación económica de los Castellamare, mi abuela aceptó. Lo que significa que estamos... trabajando a comisión por las ventas de refugios.

—Espero que la comisión sea buena.

—¿No se sorprende usted?

—¿Por qué? Deduzco que la empresa que fabrica los refugios calculó que una Duquesa sería una buena vendedora, habida cuenta de sus relaciones de élite. ¿No es así? Si se tratase de vender bolígrafos, habrían contratado a cualquier desgraciado, pero para vender cosas que valen quinientos mil dólares... ¿qué menos que una Duquesa italiana? Apuesto a que les va bien.

—Digamos que estamos... reanimando nuestra economía —rió Benedetta—. Una casa como ésta tiene muchos gastos. De no haber sido por este asunto de los

V. A. R. A.

ya habríamos tenido que cerrarla... o venderla.

—¿Qué es eso de los

V. A. R. A.?

—Son las iniciales con las que formamos el nombre de los refugios: Vita Aseguratta per il Refugio Antiatómico.

—Vida Asegurada por el Refugio Antiatómico. Me gusta. Es bonito. ¿Cuándo podré disponer de mis tres
V. A. R. A.?

—Estamos esperando de un momento a otro la llegada de un representante de la empresa de Turín, que nos informará de las existencias actuales.

—Ah, estupendo. Bueno, pero mientras tanto, quizá ustedes puedan decirme cómo funcionan esos refugios, o mostrarme algunos planos... Sería interesante para ustedes que yo pudiera tener fotocopias de esos planos.

—¿Sí? —preguntó fríamente la anciana Duquesa—. ¿Por qué?

—Cabe la posibilidad de que si enviaba esas fotocopias a Texas, algunos de mis amigos se interesaran por la compra de algunos
V. A. R. A...

Lo cual sería económicamente interesante para ustedes, me imagino.

—Sin duda.

—Me gustaría ver los planos, saber cómo son...

—¿Dónde se aloja usted, señor Malatesta?

—En el «Imperial», naturalmente.

—Sí, claro... Naturalmente. Lo mejor de Roma en moderno. Bien, señor Malatesta, si está de acuerdo, nosotros arreglaremos las cosas de modo que usted pueda ver esos planos en el momento oportuno.

—¿Cuándo será eso?

—Pronto. Por otra parte, como es lógico, se extenderá un contrato de venta, un certificado de seguro funcionamiento del
V. A. R. A.

y otros detalles. Digamos que una serie de pequeños trámites, por lo que su entrega me parece un poco precipitada.

La Duquesa tendió el cheque hacia Francesco, que la miró desconcertado.

—Yo confío en usted, señora Duquesa —murmuró.

—Es evidente. Y se lo agradezco. Pero...

—Vamos, abuela —intervino Benedetta—, no seas tan severa contigo misma. Todo lo que tenemos que hacer es ingresar el

cheque en el Banco y venderle luego tres

V. A. R. A.

al señor Malatesta.

—Prefiero que de momento él conserve su cheque. Y no hay más que hablar. Y ahora, si me disculpa usted, señor Malatesta... Tengo algunas pequeñas cosas que hacer.

Se puso en pie. Francesco la imitó rápidamente y tomó el cheque que la anciana insistía en tenderle. La dama se despidió y salió del saloncito. Francesco miró a Benedetta.

—¿He dicho o hecho algo inconveniente? —murmuró.

—Claro que no. Es sólo que mi abuela es demasiado estricta. Pero no se preocupe, Francesco. Le acompañaré hasta el coche.

CAPÍTULO II

Cuando salieron de la casa, Francesco había guardado ya su cheque, metido de cualquier manera en el rollo de billetes.

—Es la primera vez que alguien rehúsa cobrar por anticipado, que yo sepa —dijo Francesco.

—Cosas de mi abuela. La sola idea de que su actividad como vendedora pueda parecer en algún momento humillante la tiene muy preocupada. Pero Francesco, usted tiene razón: la empresa de Turín sabe lo que hace al contratar a mi abuela, que está muy relacionada con muchísimas personas de alto nivel en toda Europa, desde hace muchos años... Hemos recibido llamadas, telegramas y cartas de esos amigos interesándose por los

V. A. R. A.

y creo que venderemos una buena cantidad de ellos... pese a su precio. No sé si sabe usted que en Francia, Inglaterra y Alemania también están empezando a vender refugios antiatómicos. Pero son de inferior calidad.

—Y por lo tanto, más baratos —sonrió Francesco.

—Bastante más baratos. Esperemos, sin embargo, que cumplan su cometido, esto es, preservar las vidas de sus propietarios si ocurriese alguna... hecatombe atómica. Porque una cosa es que esos refugios más baratos no ofrezcan los lujos y comodidades de nuestros

V. A. R. A.

y otra cosa sería que no resultaran eficaces, ¿no cree?

—Sin duda. ¡Eso sería una sucia jugada! ¿Entiende que la diferencia de precio entre los

V. A. R. A.

y los otros refugios que se están vendiendo en Europa se debe

únicamente al lujo?

—Claro. No es lo mismo un simple refugio en un sótano o en un jardincillo trasero, que un

V. A. R. A.

de cien metros cuadrados con toda una serie de sofisticadas instalaciones.

—¡Zambomba, me gustaría ver cuanto antes esos planos!

—Lo tendré en cuenta. Como le he dicho, estamos esperando a un representante de la empresa de Turín, y en cuanto llegue veremos el modo de complacerle a usted.

—Se lo agradezco mucho. Esto... Ejem... ¿Qué le parece que podríamos hacer esta noche?

—¿Usted y yo? ¿Los dos juntos, quiere decir?

—Sí.

La muchacha miró con expresión divertida a Francesco, y se disponía ya a contestar cuando un coche enfiló el sendero hacia la casa, dejando atrás las abiertas verjas. Un coche retumbante, deportivo, del cual se apeó ágilmente un hombre de unos treinta y cinco años, alto, atlético, elegante, muy atractivo, que se acercó rápidamente a Francesco y Benedetta, abrazó a ésta por la cintura y la besó en la boca. Y sólo entonces dijo:

—Buenos días, cariño.

—Señor Malatesta —sonrió, casi rió Benedetta ante el sombrío gesto de Francesco—. Le presento a mi prometido, el señor Gregorio Scandiano.

—¿Cómo está usted, señor? —Le miró irónicamente el recién llegado.

—¿A que no sabe usted qué es una cosa blanca por fuera y amarilla por dentro? —Gruñó Francesco.

Gregorio Scandiano se desconcertó, pero sólo un instante. Acto seguido soltó una carcajada.

—¡Un huevo, naturalmente! —exclamó.

—No, señor: un chino envuelto en una sábana... Buenos días, señorita Castellamare.

Se metió en el «Mercedes» y se marchó.

Scandiano consiguió salir de su pasmo.

—¿Quién es ese fantasmón? —preguntó.

—Un cliente de la abuela. Quiere comprar tres

V. A. R. A.

—¿En serio? ¡Vaya, me alegro muchísimo por vosotras!

¡Qué tipo más... estrafalario! Y desde luego, me ha parecido bastante tonto.

—¡Pues es un tonto de lo más interesante! —rió Benedetta—. ¡Porque vender tres refugios así, en una sola mañana, no es cosa de despreciar!

—¿Y por qué quiere tres? ¿Compra para otras personas?

—De momento, sólo para él. Pero ha pedido los planos, para sacar fotocopias y enviarlas a sus amigos de Texas, por si les interesa también adquirir otros refugios.

—¿Ha pedido los planos? —murmuró Scandiano.

—Con insistencia.

—Pero a cada cliente se le entrega un plano cuando compra en firme el

V. A. R. A.,

¿no es así? Y además, esos planos no sirven de nada hasta que se tiene el refugio, para hacer las comprobaciones de si todo funciona bien...

—Quizá lo que el señor Malatesta quiere no son esos planos, de distribución y funcionamiento, sino los planos de construcción de los

V. A. R. A.

Scandiano parpadeó. Miró hacia las verjas, por donde había desaparecido, ya hacía minutos, el «Mercedes», y musitó:

—Vaya, qué te parece...

—No es tonto, ¿verdad? —murmuró Benedetta.

—No, no lo es... O quizá. No sé. ¡Desde luego, lo parece!

—Lo primero que pensé yo al verlo fue: ¡tonto a la vista!, pero es simpático. Y a lo mejor, sólo quiere los planos corrientes, no los de fabricación.

—A lo mejor. Pero explícame exactamente todo lo que habéis hablado con el tonto Malatesta...

* * *

Francesco Malatesta entró en el lujoso hotel «Imperial», se dirigió a conserjería y pidió su llave, preguntando si había llegado

algo para él. Recibió la llave, pero una respuesta negativa a lo otro. Asintió con la cabeza, tomó la llave y se dirigió al ascensor.

Segundos más tarde, entraba en su *suite*. Colocó la llave por dentro en la cerradura, pero no cerró. Simplemente, la ajustó con el pestillo. Se fue directamente al cuarto de baño, sacó el cheque por un millón setecientos mil dólares, lo hizo añicos, y lo tiró al inodoro, el botón de cuya cisterna apretó. El agua se llevó los restos del cheque.

Francesco salió del cuarto de baño al amplísimo y lujoso dormitorio. Vivir allí costaba una fortuna diaria, pero no importaba. Pagaba quien podía pagar.

Francesco se desnudó, quedando solamente en ajustados «wong», de modo que quedó al descubierto su impresionante musculatura. Impresionante en verdad. Una musculatura sólida, bien marcada, elástica. A cada gesto, los músculos se movían, parecían saltar... Sobre la cama quedó la ropa que Francesco pensaba ponerse para bajar a almorzar al comedor del hotel: camisa blanca, corbata, un impecable traje «Gritti»... Zapatos de fina piel, calcetines a juego con la corbata... Todo impecable. Elegante.

—Zambomba —dijo sonriente—, ¡es lo menos que merezco!

—Sólo los tontos hablan solos —dijo una voz, en la puerta del dormitorio.

Francesco Malatesta miró vivamente hacia allí, con un gesto del cuello que hizo resaltar sus impresionantes músculos. Se quedó mirando al hombre que había hablado. Luego miró al otro, junto al primero. Cada uno de ellos empuñaba una pistola provista de silenciador.

—Y sólo los tontos dejan las puertas abiertas —dijo el otro.

Francesco sonrió.

—Y sólo los tontos buscan hombres desnudos en lugar de buscar mujeres desnudas... —dijo—. Apuesto a que se han equivocado de *suite*.

—No —dijo el primero en hablar—. Le hemos seguido hasta el hotel, hemos entrado detrás de usted, hemos preguntado quién era y dónde estaba, y nos han dado esta indicación, amigo Malatesta.

—Ah, bueno, si somos amigos no pasa nada —dijo Francesco—. ¡Zambomba, creí que podrían ser maricones que venían a violarme!

—Es gracioso —dijo el segundo sujeto.

—Y tiene una musculatura de campeón —dijo el primero.

—De campeón... ¿de qué?

—Pues no lo sé... Que nos lo diga él. ¿Es usted campeón de algo, amigo Malatesta?

—No, no —negó Francesco—. Todo esto es fachada nada más. Son musculitos de esos que se consiguen haciendo culturismo, ustedes va saben. Para hacer bonito, pero nada más.

—Pues su nariz me recuerda la de un boxeador.

—Ah, sí... Esto es de cuando estuve a punto de ser campeón del mundo de los grandes pesos.

—¿De veras? ¿Cómo fue eso?

—Pues, subí al *ring* con Cassius Clay, o sea, con Mohamed Alí, ya saben, dispuesto a quitarle el título. El pobre estaba que se meaba de miedo, pero yo le dije: «Tranquilo, muchacho, no te voy a hacer daño...». Pero mientras yo hablaba, el muy bruto me largó un directo que me partió la nariz. Eso me ofendió. Así que abandoné el *ring*, sin querer pelear más con él. Desde entonces no nos hablamos, a pesar de que cada día me llama por teléfono pidiéndome disculpas...

Los dos hombres escuchaban a Francesco en silencio, inmóviles los cuerpos, pero desviando sus miradas a todos lados. Su gesto de desconfianza era evidente. Cuando Francesco dejó de hablar, el primero movió la pistola, señalando un rincón del dormitorio.

—Colóquese allí, con las manos sobre la cabeza, y de espaldas al centro de la habitación.

—Eso parece un castigo escolar.

—Hágalo.

—No se pongan nerviosos.

Malatesta obedeció. Los dos sujetos estuvieron mirándolo unos segundos, como fascinados por los relieves musculares de la espalda del amenazado. Uno de los sujetos se acercó a la cama, miró las ropas, miró de soslayo a Francesco y murmuró:

—¿Qué eran las ropas que llevaba antes? ¿Un disfraz?

—Me gusta que sepan que vengo de Texas —dijo Francesco, sin volverse.

—Pero no viene de Texas, ¿verdad?

—¿No? ¿De dónde vengo?

—De Turín, por ejemplo.

Francesco no contestó, ni se movió.

—¿Viene de Turín? —insistió el sujeto.

—Usted lo dice. Pero yo me pregunto qué huevos tendría yo que hacer en Turín.

—Por ejemplo, tomar unos planos de Casiodoro Gasperi y traerlos a Roma, para entregarlos a la Duquesa de Castellamare.

—Ah... Sí, es un buen motivo para viajar.

—¿Le ha entregado los planos a la vieja?

—Lo seguro es que yo no tengo ahora ningún plano.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, se oyó la voz del segundo sujeto.

—O sea, que nos la han pegado, Lippo. ¿Cómo habíamos de imaginar que los planos los traía un fantoche como éste?

—No te pongas nervioso, Ennodio. El todavía no ha admitido que haya traído los planos. Pero si los ha traído, ahora los tiene la vieja... ¿Comprendes?

—Claro. ¿Qué hacemos con este mamarracho?

—Nos lo vamos a llevar de paseo. Usted, vístase.

Francesco se volvió, miró a uno y otro, asintió y se acercó a la cama. Se vistió rápidamente. Cuando estuvo en mangas de camisa, alzó la corbata.

—¿Puedo mirarme al espejo para ponérmela? Si no, en lugar de ponérmela en el cuello, me la pondría en una oreja.

—Póngasela aquí. Póngase también la chaqueta, y vámonos. Si hace alguna tontería mientras caminamos hacia la puerta del hotel, le meteremos unas cuantas balas en el cuerpo. ¿Lo entiende?

—Sí.

Francesco Malatesta se puso la corbata, con gestos seguros y tranquilos. Luego, agarró la chaqueta por el cuello... y siguiendo el gesto, la tiró a la cara del sujeto que tenía más cerca, el tal Lippo... que apretó el gatillo.

Se oyó un chasquido, la bala fue hacia la pared... y Francesco se plantó de un salto ante Ennodio, que disparaba en aquel momento. Un poquito tarde, eso sí. Su brazo ya había sido desviado por el brazo izquierdo de Francesco, que simultáneamente, disparaba su puño derecho hacia el vientre del sujeto. Fue un puñetazo sencillamente bestial: el hombre voló hacia atrás como partido en dos, como una navaja a medio cerrar, y rodó por el suelo sin un

gemido, con los ojos en blanco, las facciones desencajadas... Francesco estaba ya ante Lippo cuando éste se desprendió de la chaqueta de un tirón. Para entonces, la mano izquierda de Malatesta sujetaba la muñeca derecha de Lippo, manteniéndola apartada. Por mucho que Lippo disparase, ninguna bala podría alcanzar a Malatesta.

Éste mostró ante el rostro de Lippo su mano derecha, abierta.

—Mira —dijo—: ¿ves estos dedos, ves esta mano...? Pues si se cierra así, se convierte en un puño como éste. Y mira lo que sé hacer con los puños, querido...

El puñetazo sonó como un disparo en la barbilla de Lippo, que crujió y se hundió parcialmente en el rostro, o lo pareció. Era un puñetazo de muerte, absolutamente terrorífico, irremisible. Lippo voló desde donde le permitió la presa que Francesco hacía en su muñeca derecha. Luego, simplemente, se desplomó como muerto.

Pero no estaba muerto. Ni el tal Ennodio tampoco. En verdad chocante.

—Los hay muy bestias —dijo estupefacto Francesco.

De una maleta sacó un rollo de hilo de nylon, del que cortó cuatro secciones de algo más de un metro cada una utilizando un cortauñas. Ató de pies y manos a Lippo y Ennodio con las secciones de fino pero fortísimo nylon, y luego les metió en la boca sus respectivos pañuelos, que aseguró con sendas anchas tiras de esparadrapo que sacó de su maletín de viaje. Metió las pistolas de los dos sujetos en una bolsa de plástico, la cerró herméticamente utilizando otra sección de hilo de nylon, y las escondió en la cisterna del inodoro. Hecho esto, sacó de su maletín de viaje lo que parecía un simple botón de cazadora, y lo dejó sobre el vientre de Lippo.

Sacó una libreta de notas, y en una de las páginas, escribió:

Primer paquete... Saludos. Frankie.

Dejó la nota sobre el vientre de Lippo, junto al botón, y recogiendo la chaqueta, se dirigió hacia el cuarto de baño, sacudiéndola. Se puso bien la corbata, se puso la chaqueta, se miró cariñosamente y dijo:

—¡Zambomba, qué guapo estoy!

Segundos más tarde salía tranquilamente de la *suite*.

Tenía apetito, la verdad.

Cuando regresó a la *suite*, hora y pico más tarde, ya no tenía apetito. Puestos a no tener, ni siquiera tenía visitas en la lujosa serie de habitaciones: Lippo y Ennodio habían desaparecido. Pero Francesco Malatesta ni siquiera pareció reparar en esto. Era como si poco antes no hubiera dejado a dos asesinos dispuestos a matarlo tendidos como fardos en el dormitorio.

Se quitó la chaqueta, se aflojó el nudo de la corbata, se dejó caer en la cama y se durmió, se sumió en el dulce sopor, en el maravilloso silencio de una buena siesta italiana...

* * *

Le despertó el timbre del teléfono.

Se sentó en el borde de la cama con un solo gesto ágil, parpadeó y se quedó mirando el aparato. Luego, miró su reloj de pulsera: casi las cinco y media de la tarde.

—¡Zambomba, vaya siesta! —exclamó, alargando la mano hacia el teléfono—. ¿Diga?

—...

—Ah, muy bien. Si, póngame la comunicación, por favor... ¿Señorita Castellamare? Hola, encantado de oír su voz canora...

—¿...?

—Canora. Un ave canora es aquella que tiene un canto dulce y melodioso. Pero también se puede aplicar la palabra canora a cualquier sonido grato y melodioso.

—¡...!

—De nada. ¿Con qué otra cosa podría compararla, sino con un ruiñeñor, dada la dulzura de su voz? Bien, ¿a qué debo el grato placer de su llamada...? ¡Espere, no me lo diga! ¡Seguro que lo ha pensado mejor y acepta que los dos juntos hagamos algo esta noche...! ¿No? Vaya, no doy ni una. Recuerdo que una vez...

—...

—Oh, sí, perdone. La escucho, desde luego.

—...

—Sí... Sí, sí, estupendo. Gracias por avisarme.

—¿...?

—Bueno. —Francesco volvió a mirar su reloj—, ¿qué le parece a las siete? Así podrían convidarme a cenar en su palacio. ¡Qué risa

tan canora tiene usted. Benedetta!

—...

—Yo también estoy hablando en serio. ¿Le parece que es demasiado atrevimiento por mi parte invitarme a comer en el «palazzo» de los Castellamare?

—Estupendo. A las ocho entonces. Oiga, ¿cómo debo vestirme?

—¡...!

—De acuerdo. Una última pregunta: ¿estará ese tipo en la cena?

—¿...?

—El tal Scandiano.

—...

—Pues me ha fastidiado usted la fiesta. En fin, a las ocho en punto estaré ahí. Gracias de nuevo, Benedetta.

Colgó el teléfono sonó de nuevo enseguida.

—¿Sí?

—...

—Ah, muy bien. ¿Será tan amable de enviármela con un botones? Gracias.

Colgó de nuevo. El teléfono ya no volvió a sonar. Un par de minutos más tarde, sonó la llamada a la puerta de la *suite*. Francesco fue a abrir, tomó la carta que le presentaba el botones en una bandeja, y le dio una propina que dejó mudo al muchacho. Cerró la puerta, volvió a sentarse en el borde de la cama y rasgó el sobre, en el que solamente constaba su nombre, sin más señas ni franqueo alguno. Francesco sonrió. Sabía que el conserje simplemente había encontrado en el mostrador aquel sobre dirigido a él.

Dentro había una nota que decía, en inglés:

Primer paquete obra en nuestro poder. Sometidos los dos sujetos a simpática conversación, confiesan lo siguiente: trabajan para un hombre llamado Arator Crispi, que quiere conseguir los planos de construcción de los

V. A. R. A.

que fabrica en Turín la familia Gasperi. Ignoramos paradero de Arator Crispi. Cuidado: quedan más

hombres de Crispi por ahí. Te enviamos mil besos.

Francesco Malatesta sonrió, entró en el cuarto de baño y tras partir en diminutos fragmentos la nota, la tiró al inodoro, efectuando la misma maniobra que antes con el cheque. Acto seguido, alzó la tapa de la cisterna del inodoro, y se quedó mirando la bolsa de plástico que contenía las pistolas de Lippo y Ennodio.

¿Qué hacía? ¿Las dejaba allí, o las llevaba consigo? Optó por una inteligente decisión intermedia: dejó una en la bolsa y se quedó con la otra. Era una tranquilizadora compañía, sobre todo sabiendo que andaban por ahí más sujetos como los dos anteriores. ¿Quién demonios podía ser el tal Arator Crispi? Era una pieza nueva en el juego, desde luego.

Hasta entonces su nombre no había sonado.

En cambio, si era interesante y preocupante la intervención de Gregorio Scandiano. ¿Qué estaría tramando? Lo sentía por la bella Benedetta, pero seguro que Scandiano estaba tramando algo, y debía estar utilizándola a ella para sus planes. Claro que Benedetta era tan bonita que cualquier hombre podía acercarse a ella por sí misma, sin más propósitos ni planes ocultos, pero tratándose de un sujeto como Scandiano...

¿Qué hacía? ¿Advertía o no advertía a Benedetta de la clase de sujeto que era su «prometido», el guapo Gregorio Scandiano?

—Hum —dijo Francesco—. ¡Hum, hum!

CAPÍTULO III

A las diecinueve treinta y cinco, esto es, cuando faltaban veinticinco minutos para la cita en el «palazzo» de la Duquesa de Castellamare, Francesco Malatesta entraba en su coche, estacionado en el sótano del «Imperial».

Por supuesto, se había cambiado de atuendo. Parecía otro, con su elegante traje oscuro de impecable corte italiano. Pero no hay nada perfecto: la corbata de Francesco era una locura de colores, enorme, con un nudo grande como un huevo.

Con dos trozos de esparadrapo, adhirió la pistola detrás de la visera antisolar situada delante del asiento del conductor, colocó bien la visera, se aseguró de que el arma no se veía, y encendió el motor. A los pocos segundos, salía a la calle. Poco después, circulaba por la Via dei Fiori Imperiali, y otro poco después, como suele suceder a quienes no viven en Roma, ya no sabía ni dónde estaba, ni por qué calle estaba conduciendo...

Lo que sí sabía Francesco Malatesta era que un coche le estaba siguiendo.

Seguro. Todavía era de día, así que pudo ver bien la matrícula del coche perseguidor. Había dos tipos en el asiento delantero, pero no pudo ver si había alguno más en el asiento de atrás...

La circulación era un caos, al menos para él. Conocía Roma, sabía dónde estaba cada monumento o lugar importante, dónde las más importantes avenidas... pero la señalización de circulación lo estaba volviendo loco...

El otro coche seguía tras el lujoso «Mercedes». Claro que había coches por todas partes, y podía tratarse de una casualidad... Tonterías. Roma parecía un enorme garaje en completo desorden. Y de pronto, Francesco se encontró conduciendo por Via del Tritone.

Hombre, iba bien para Villa Borghese, aunque temía que iba a llegar con retraso...

El otro coche comenzó a acercarse más y más. Ahora podía hacerlo, podía colocarse a su lado... y eso era precisamente lo que el conductor estaba intentando. En cuestión de segundos, los dos vehículos quedaron uno junto a otro, el «Mercedes» a la derecha del otro. La ventanilla delantera del lado derecho del otro coche quedaba muy cerca de la izquierda del «Mercedes».

Cuando el tipo que iba sentado junto a aquella ventanilla sacó la pistola por ésta, casi podía haber tocado la cabeza de Francesco sólo estirando el brazo. Pero Francesco no le dio tiempo: giró el volante a la izquierda, y el «Mercedes» chocó de costado con el otro coche, que fue desplazado fácilmente. En alguna parte sonó un claxon, se oyó un grito. Francesco vio el asustado rostro del sujeto de la pistola, y le sonrió y le guiñó un ojo. Acto seguido, giró todavía más el volante hacia la izquierda, y los dos coches pasaron al otro lado de la calzada, y el otro vehículo subió a la acera.

Francesco enderezó el volante, apretó el pedal del gas y el elegante «Mercedes» salió disparado hacia Piazza Barberini. Tras él se oyó el chirriar de los neumáticos del otro coche, que reanudó la persecución. Francesco aumentó la velocidad, y el otro automóvil la aumentó también.

Muy bien.

Dirigió la mirada a la visera tras la cual estaba la pistola, pero comprendió que era jugarse el físico retirar una mano del volante conduciendo a aquella velocidad por la avenida. ¿Y si...? Sí, señor, los iba a enloquecer, les iba a hacer la jugada del muro. Podía salir bien, ¿por qué no?

Aumentó la velocidad todavía más, apareció en Piazza Barberini como un bólido, aterrando a los demás conductores, ocasionando frenazos, gritos, giros bruscos... El otro coche seguía detrás. Francesco dirigió el «Mercedes» a toda velocidad hacia adelante, directo hacia la casa de la esquina de la plaza con Via delle 4 Fontane. Parecía como si pretendiera estrellarse contra el muro... Cuando estuvo a poquísima distancia de la fachada, giró el volante a la izquierda a toda prisa, subió a la acera, pasó rozando el «Mercedes» la fachada, regresando hacia el centro de la plaza.

El otro coche llegó detrás.

Y su conductor no tuvo tiempo de girar. Cegado por el «Mercedes», se encontró con la fachada a tres metros cuando no tenía la menor posibilidad de girar. Ni siquiera de frenar. Todo lo que pudo hacer el hombre fue lanzar un grito... y una fracción de segundo más tarde el coche se aplastaba, de morro, contra la fachada, arrugándose, verdaderamente, como un acordeón. Pareció que el vehículo reventase en un surtidor de cristales y accesorios de adorno que volaron por todos lados, y enseguida, una llamarada envolvió el vehículo completamente.

Unos treinta metros hacia el centro de la plaza, Francesco Malatesta frenó, y volvió la cabeza. Estaba pálido, pero tranquilo. No había habido ninguna víctima inocente, naturalmente, pues si alguien hubiera estado allí en aquel momento, él no habría efectuado tal maniobra.

Desde luego, no salió nadie del otro coche, que ardía como una enorme antorcha.

Francesco aspiró hondo.

—Es que van como locos —murmuró.

Y se alejó de allí antes de que alguien pudiera reaccionar y dedicar su atención al «Mercedes» en lugar de hacerlo al coche que seguía ardiendo.

Minutos después, detenía el coche en Via Pinciana, sacaba su libretita de notas y escribía en una de las páginas:

Segundo paquete: coche «Fiat» matrícula Roma
868 459

estrellado en Piazza Barberini. Dos hombres. Uno de ellos quiso dispararme por la ventanilla. Os devuelvo los mil besos y ahí van mil más. Frankie.

Sacó un pequeño botón de un bolsillo interior de la chaqueta, lo envolvió con la pequeña hoja de la libreta, y lo tiró todo al alcorque de un árbol.

Luego, continuó su camino, ya corto y sin complicaciones, pues estaba en Villa Borghese, hacia el «palazzo» de la Duquesa de Castellamare.

* * *

—El señor Malatesta... La señorita Gasperi.

Ésta tendió la mano a aquél, sonriendo levemente, apretando un poco los labios de color de pétalo de rosa. Sí, señor: color de pétalo de rosa. En realidad, toda ella era de color de pétalo de rosa... Sonrosada, luminosa, rubia. Los ojos, azules, destacaban en el delicioso rostro de boquita redonda y barbilla voluntariosa. Era tan bonita, tan delicada, que Francesco Malatesta no pudo dejar de mirarla mientras se inclinaba sobre su mano que había tomado entre sus fuertes dedos. Y así, en lugar de besarle la mano, lo que hizo fue restregarle la nariz...

La carcajada de la señorita Gasperi puso de punta los cabellos de Francesco, cuyo rostro se sonrojó debido al bochorno del restegamiento nasal.

Pese a todo, consiguió decir:

—Quedo de rodillas a sus pies, señorita Giraspa.

—¡Gasperi! —rió ella—. ¡Gasperi, no Giraspa! De todos modos, será mejor que se ponga en pie señor Malatesta.

—Ya... ya estoy en pie.

—Sí, si. Lo digo por su fórmula de cortesía. Estamos en la Italia de mil novecientos ochenta, no sé si me comprende.

—El señor Malatesta —dijo con sádica ironía Gregorio Scandiano— es un hombre chapado a la antigua. Está claro que su padre le habló de la Italia de hace cincuenta años... y él cree que todo sigue igual.

—Todo no —lo miró Francesco amablemente—. Mi padre no me habló de que hubiesen en Italia gilipollas con bigote.

Gregorio Scandiano se puso rojo como un tomate. La Duquesa de Castellamare y su nieta, la bella Benedetta, quedaron atónitas. Y la encantadora y sonrosada señorita Gasperi lanzó otra carcajada, que aumentó el sonrojo de Scandiano, cuya capacidad de reacción, evidentemente, se limitaba a esto.

La situación la salvó precisamente la señorita Gasperi, comentando rápidamente:

—Lleva Usted una corbata... notable, señor Malatesta.

—¿Verdad que no está mal? —Reaccionó—. Sobre todo, considerando su precio.

—Ah... Supongo que debe ser una corbata carísima.

—Todo lo contrario. Me costó una lira.

La estupefacción fue general.

—¡Cómo una lira! —protestó la señorita Gasperi—. ¡Ya no hay en Italia nada que cueste una lira!

—Pues esta corbata sí. La encontré en un saldo, en unas ventas de rebajas, ¿sabe? Y como de cuando en cuando me gusta ahorrar un poco, pues la compré. Las grandes fortunas, señorita Gasperi, comienzan con pequeños ahorros.

—¿Quiere decir —rió la muchacha— que ha conseguido ahorrar lo suficiente para tres refugios antiatómicos comprando corbatas baratas?

—Y cepillos de los dientes usados —asintió Francesco, sonriendo.

De nuevo rió la señorita Gasperi. Amalasumta de Castellamare intervino en la conversación, un tanto irritada.

—Me temó que no entiendo mucho el sentido del humor del señor Malatesta. Pero debe de ser bueno, Antonio, ya que ríes tanto.

—A lo mejor —dijo Francesco— mis chistes son pésimos, pero la señorita Gasperi los ríe para hacerme la pelota y que yo me decida a comprarles los tres refugios antibióticos.

—¿Los tres... qué? —Se pasmó Antonia Gasperi.

—Los refugios antibióticos... Oh, perdón, he querido decir antitetánicos... ¡qué tonterías estoy diciendo!

—Es usted un payaso —dijo acremente Scandiano.

Malatesta ladeó la cabeza y lo miró entornando los párpados. Por un instante brevísimo, su expresión de buen muchacho algo tonto pareció esfumarse, desaparecer. Sólo un instante. En seguida, sonrió, mostrando su sanísima dentadura.

—¿Tiene usted algo contra los payasos? —preguntó.

Scandiano se quedó boquiabierto. Antonia Gasperi se tomó del brazo de Francesco y lo llevó hacia el sofá, riendo. Se sentó, y él lo hizo a su lado, indeciso.

—Señor Malatesta —dijo—, como quiera que durante la cena no me parece adecuado hablar de negocios, podríamos hacerlo ahora, mientras tomamos un aperitivo... aunque ya es un poco tarde. Espero que tenga usted reloj.

—Lo tengo —masculló Francesco—, pero con la hora de Texas.

—Sería conveniente —rió una vez más Antonia Gasperi— que lo pusiera usted en la hora de Roma. ¿Va a alguna parte...?

Malatesta, que se había puesto en pie, negó con la cabeza.

—No —dijo—. Es que me había distraído, y me he sentado pese a que la señora Duquesa permanece todavía en pie. Espero que en esto mi padre me educase bien.

Amalasumta de Castellamare se sentó en un sillón. Francesco miró a Benedetta que lo hizo en otro, y entonces volvió a sentarse él. Scandiano, mirándole hoscamente, quedó de pie junto al sillón de Benedetta.

—Está claro que Texas está bastante lejos de Italia —dijo la Duquesa— pero también está claro que algunas cosas siguen funcionando como hace años. Pero Antonia tiene razón: hablemos de negocios. Es decir, hablen ustedes.

—¿Ella también vende refugios antiatómicos? —preguntó Francesco.

—Digamos que los vendo —sonrió Antonia Gasperi—. Es decir, las vende mi padre, señor Malatesta. Tenemos en Turín un complejo industrial donde los fabricamos.

—Es un negocio poco corriente —la miró Francesco.

—Quizá. Pero dentro de unos años será muy corriente. En definitiva, es un producto industrial como cualquier otro. Seguramente conoce usted personas que tienen en su casa bodega y piscina, pongo por caso... ¿Por qué no tener también un refugio antiatómico?

—No tiene que convencerme, señorita Gasperi. Yo he venido a Roma dispuesto a comprar tres refugios... de momento.

—Sí, lo sé. Y sé también que tiene usted mucho interés en conseguir los planos de los refugios. A esto debo decirle que como es lógico, a cada cliente le entregamos cuando se formaliza la compra un plano de su

V. A. R. A...

Todavía más: para que esté convencido de que compra lo que realmente desea comprar, solemos invitar a cada cliente a ver el prototipo del refugio antiatómico que vendemos, y que tenemos instalado cerca de nuestra factoría en Turín. De modo que todas aquellas personas que deseen comprar un

V. A. R. A.

sólo tienen que viajar a Turín.

—Eso no les va a ser fácil a algunos de mis amigos —dijo Francesco—. No sé cómo se las arreglan, pero están siempre

ocupados. Por eso me gustaría llevarles un plano, para que supieran cómo son los

V. A. R. A.

—Bueno, usted podrá mostrarles el plano de su refugio en cuanto hayamos formalizado el contrato.

—Sí, pero ¿qué clase de planos son éstos?

—Bueno, esos planos muestran la distribución de los servicios e instalaciones de toda clase, así como su funcionamiento.

—Pero no muestran el sistema seguido para la construcción del refugio.

—No.

—Me temo que con tan poca cosa mis amigos no sentirán deseos de efectuar compra alguna. Les conozco bien: querrán estar seguros de que todo está construido a su satisfacción. Y tengo muchos amigos en Estados Unidos, señorita Gasperi. Incluso es posible que pudiese conseguirle allá algunos socios inversionistas, o algo así.

—¿Realmente podría hacer eso? —se interesó la muchacha—. No nos vendría mal un poco de capital, desde luego. Mi padre ya tiene algunos socios, pero...

—Yo creo —intervino Scandiano fríamente— que sería una imprudencia comercial confiar a nadie los planos de construcción de los

V. A. R. A.,

señorita Gasperi. En cuanto a las posibles inversiones americanas en la industria de su padre, las considero muy problemáticas.

—¿Por qué? —Le miró Antonia.

—Seguramente, ya están construyendo refugios antiatómicos en Estados Unidos, igual que lo están haciendo en algunos países europeos. Si los americanos desean invertir capital en ese negocio, no tienen ninguna necesidad de venir a Europa. En cambio, quizá les vendría bien echar una mirada a los planos de construcción de los refugios que estamos construyendo aquí.

Todos quedaron silenciosos. Malatesta pareció reflexionar seriamente sobre el asunto, y por fin asintió.

—Me parece que me están confundiendo con un espía industrial —dijo—, de manera que será mejor dejar el asunto.

—¿Quiere decir que ya no le interesa comprar los tres refugios? —murmuró Antonia Gasperi.

—Bueno... Me gustaría estar seguro de que compro algo que realmente vale la pena, francamente. De otro modo, como usted bien ha dicho, señor Scandiano, no tengo por qué pagar más dinero por comprar en Italia que en Estados Unidos.

—Esta mañana parecía usted más desprendido —dijo Benedetta—. Si no recuerdo mal, incluso entregó a mi abuela un cheque.

—Puedo extender otro —sonrió Malatesta—. Pero también esta mañana se me dijo que alguien iba a llegar con unos planos que podría ver... y no los veo.

—Yo he traído los planos, señor Malatesta —dijo Antonia Gasperi—. Me refiero, claro está, a los planos que estamos dispuestos a mostrar, es decir, a los puramente funcionales. De todos modos, si usted ha dejado de sentir interés por los

V. A. R. A.,
podemos dar por terminado el asunto.

—Lo que significaría —sonrió Malatesta— que dejaría de serle simpático.

—De ninguna manera —sonrió también la muchacha—. Un millón setecientos mil dólares es una cantidad suficiente para que todos lo pensemos muy bien antes de desprendernos de ella. Así que pienso que más que ver esos simples planos, quizá le gustaría visitar nuestro prototipo de refugio en Turín.

—La verdad es que sí me gustaría.

—¿No sería mejor que antes viera esos planos? —intervino de nuevo Scandiano—. La señora Duquesa tiene unas cuantas copias en estos momentos, en su caja fuerte. Nada más fácil que echarles un vistazo.

—Si puedo ver el prototipo, lo prefiero —dijo Francesco—. Y una vez visto el prototipo, comprenderé mejor los planos. ¿Cuándo podría ver el prototipo, señorita Gasperi?

—Cuando usted quiera. He llegado esta tarde en avión, y aunque había pensado pasar un par de días en Roma, no tengo inconveniente en volver mañana mismo a Turín con usted, si tiene prisa por solucionar este asunto.

—Más que por prisa, es por comodidad —dijo Francesco—. Me gusta solucionar cuanto antes mis asuntos, y tener la cabeza libre de preocupaciones.

—Me parece muy bien. Podemos reservar dos plazas para un

vuelo de mañana...

—¿Por qué no vamos en mi coche? ¡Hace tanto tiempo que deseo conducir bajo el sol italiano!

—Aceptado. ¿A qué hora pasará a recogerme por la mañana?

—A la hora que usted quiera.

—¿Las siete? —sonrió Antonia.

—¿No es un poco tarde? —se sorprendió Francesco.

—A las seis, entonces. Estoy hablando de la mañana, naturalmente, señor Malatesta.

—¡Las seis de la mañana! —Respingó él—. ¡Qué barbaridad! ¡Creí que hablábamos de la tarde!

—Vamos a dejarlo en las ocho de la mañana —rió Antonia—. Pero no venga aquí a recogerme, sino a mi apartamento de Roma...

CAPÍTULO IV

Francesco detuvo el «Mercedes» frente al edificio, lo miró desde el asiento y asintió.

—Debe de ser un apartamento confortable, naturalmente. Pero me sorprende que no haya aceptado usted la hospitalidad de la señora Duquesa.

—Esas enormes casas me producen sensación de vacío. Prefiero descansar en un lugar más íntimo y menos impresionante.

—Lo comprendo. ¿Viene usted con frecuencia a Roma?

—De cuando en cuando —la muchacha sonrió—. Ha sido una cena divertida, señor Malatesta. ¿No le parece?

—¿Divertida? ¿Por qué?

—Es usted simpático —le miró con curiosidad Antonia, sentada a su lado—. Y un hombre muy amable... e inteligente.

—¿Le parezco inteligente? —Se pasmó Francesco—. ¡Zambomba, eso sí es chocante! No suelo producir esa impresión, ni mucho menos.

—Algunas personas son como los buenos cuadros: han de ser observados con auténtica atención, y con conocimiento del Arte. Sólo así se descubrirán sus cualidades. Y claro está, una vez descubiertas, se puede gozar de ellas.

—En lo que a mí respecta —rió Francesco— puede usted gozar cuanto quiera de mis cualidades, aunque no adivino cuáles pueden ser.

—Yo puedo decírselas, si le interesa.

—No sé por qué, me parece que me está confundiendo usted con el guapo Gregorio Scandiano. Por cierto, ¿qué pinta él en todo este asunto?

—En cuanto a los negocios de mi padre, nada. Pero si las

Castellamare lo quieren incluir en su equipo de ventas, es cosa de ellas. Por otra parte, a mi no me parece tan guapo el señor Scandiano.

—Debe estar usted mal de la vista —sugirió Francesco amablemente.

—Tengo una vista excelente.

—Y unos ojos preciosos. Azules. Del norte de Italia... Los ojos azules del norte de Italia son los ojos más hermosos del mundo... salvo alguna que otra excepción.

—¿Qué excepción, por ejemplo? —rió Antonia.

—Siempre hay una excepción que confirma la regla. Bien, señorita Gasperi a las ocho en punto de la mañ...

—¿No quiere subir a tomar una copa?

—No bebo. Salvo vino, en las comidas importantes, como la de esta noche. Y alguna que otra cerveza. Y champán... ¡Eso sí, me vuelve loco el champán!

—Debo tener alguna botella arriba.

Francesco se volvió declaradamente hacia ella, girando el atlético torso.

—¿Tiene usted interés en que suba a su apartamento?

—Me gustaría.

—¿Por qué?

—Ésa es una pregunta directísima —rió de nuevo Antonia. ¿Es buena respuesta si le digo que me resulta grata su compañía?

—La respuesta es buena —admitió Francesco.

—Muy bien —murmuró Antonia Gasperi.

Y salió del coche. Francesco titubeó, pero salió también.

Cerró el coche, y se dirigió hacia el amplio portal bien iluminado del bello edificio en Via Veneto. Subieron en silencio en el ascensor. Segundos después. Antonia cerraba la puerta del apartamento tras ellos. El apartamento no parecía muy grande, pero sí se notaba enseguida el buen gusto y el confort. En el saloncito había una chimenea, y una piel de oso ante ella. Francesco vio hermosos cuadros en las paredes. La librería tenía volúmenes imponentes de Arte e Historia, además de literatura en general. Junto a un pequeño mueble-bar, había una pequeña discoteca, y sobre ella un tocadiscos de alta fidelidad, cuatro altavoces, uno en cada ángulo de la pieza, se encargaban de distribuir el sonido

cuadrafónico...

Francesco miró a Antonia, que le contemplaba atentamente, quizá un tanto ensimismada. O intrigada. ¿O desconcertada?

—Me gustaría saber qué está pensando —sonrió Francesco.

—Estoy pensando en usted. Se sale de lo corriente.

—¿Yo? Ah, bueno, supongo que se refiere a la corbata...

Antonia sonrió levemente. Se acercó más a Francesco, y ante la pasividad de éste, le quitó la corbata, que tiró a un lado. La muchacha retrocedió un par de pasos, lo miró con aquella extraña atención y murmuró:

—Sigue pareciéndome poco corriente, señor Malatesta.

—Debe ser por mi nariz rota, entonces. ¡Pero no se le ocurra quitármela, como ha hecho con la corbata!

De nuevo sonrió Antonia. Había en el gesto de su bonita boca sonrosada como una expresión de ahogo, de anhelo quizá. Se quitó el chal, y Francesco pudo ver la bonita forma de sus pechos blancos y tersos que había estado observando de reojo durante la cena. Había un lógico contraste entre la morena Benedetta de Castellamare y la rubia Antonia Gasperi. Benedetta resultaba más... impresionante, pero Antonia resultaba más dulce. Y en cuanto a belleza corporal, ninguna tenía nada que envidiar a la otra.

—Voy por el champán —musitó Antonia—. Si quiere poner algo de música, considérese en su casa.

Salió del saloncito. Francesco quedó de pie en el centro, y de nuevo miró alrededor. Oía el apagado rumor de la circulación en Via Veneto. Se sentó en un sillón y quedó pensativo. Cuando oyó los pasos de Antonia miró hacia la puerta. La muchacha apareció llevando en una mano dos copas y en la otra una botella de champán.

—He estado pensando avisar a mi padre de que llegaremos por la mañana para visitar el

V. A. R. A.

prototipo —dijo—. ¿Quiere descorchar la botella, mientras tanto?

—Con mucho gusto —se puso en pie Francesco.

La muchacha llamó a Turín, consiguiendo inmediata comunicación con su domicilio de esa ciudad, y a los pocos segundos, con su padre.

—Hola, papá. Llegué bien, claro... He cenado con la Duquesa, y

todo marcha muy bien. Parece que tenemos la posibilidad de vender tres

V. A. R. A.

mañana mismo. Ya te contaré...

—¿...?

—Oh, a un... tejano de ascendencia italiana. Se llama Francesco Malatesta. El hombre más agradable que he conocido en mi vida...

—¡...!

—Eso es más que posible —rió Antonia, mirando a Francesco, que la contemplaba desconcertado—. Está aquí, en el apartamento. Vamos a tomar una copa de champán. Espero que mi cometido de relaciones públicas te parezca adecuado.

—¿...?

—Bueno, pues... es alto, me parece que en algún momento de su vida se ha dedicado a boxear, así que es atlético. Y si no lleva corbata, resulta elegante. No se puede decir que sea guapo, pero es terriblemente atractivo. Papá: ¿hay algún¹ inconveniente en que lo lleve mañana al

V. A. R. A.?

—...

—De acuerdo, entonces. Saldremos de Roma en coche hacia las ocho de la mañana...

—¡...!

—No, nada de avión. Prefiero viajar en coche con él.

—...

—Ah...

¿D'Azeglio
está aquí?

—...

—Entiendo. Pero no. Sigo prefiriendo hacer el viaje en coche, aunque sean quinientos kilómetros. Llegaremos después del almuerzo, e iremos directamente al

V. A. R. A.

¿De acuerdo, papá?

—...

—Descuida. Besos.

Antonia colgó. Francesco, que seguía con la botella sin descorchar en las manos, la miraba todavía desconcertado.

Reaccionó de pronto.

—¿Todo está bien? —se interesó.

—Desde luego. Papá quería que fuésemos en avión, o que al menos le pidiésemos a uno de sus socios que nos prestase su helicóptero, pero me ha parecido que sería más agradable viajar... bajo el sol de Italia con más calma. No sé si he hecho bien.

—Por mí, sí. Lo prefiero.

—Pues ya está decidido. ¿No puede con ese tapón?

La mano de Francesco se cerró sobre el tapón, y lo arrancó con toda facilidad. Antonia colocó las dos copas ante la botella, riendo, recogiendo el primer impetuoso chorro de champán. Francesco dejó la botella y tomó una de las copas. Bebió el contenido de un trago, y Antonia, tras soltar una carcajada, hizo lo mismo.

—Si bebe de ese modo, se va a emborrachar —dijo Francesco.

—Mejor —susurró ella, dejando la copa—. Así me atreveré a pedirte que te quedes a tomar café.

Se colgó del cuello de Francesco Malatesta y lo besó en la boca. Francesco no se movió. Permaneció como una estatua, con la copa de champán en la diestra, el brazo izquierdo caído naturalmente.

Dentro de él había sentido como un disparo cuando los labios de la muchacha tocaron los suyos, en su pecho había estallado una emoción, aunque no sabía exactamente cuál.

¿Desconfianza, agrado, deseo simplemente sexual...?

En su mente se proyectaron como enloquecidas varias escenas recientes: los dos hombres en su *suite* del hotel, pistola en mano; un coche estrellándose contra una pared; aparecieron los nombres de Gregorio Scandiano, Arator Crispi... y las Castellamare.

Ahora, el nombre de Antonia entraba a formar parte del juego. Demasiados nombres, demasiados elementos en el juego. El origen de todo era Gregorio Scandiano. Y éste se estaba relacionando con las Castellamare y Antonia Gasperi. ¿Significaba esto que ellas eran de la misma camada que Scandiano?

Antonia Gasperi apartó su boca de la de Francesco, pero no su cuerpo, que continuó apretado contra el de él. A través de la tela de la camisa, Francesco percibía el calor del seno de la muchacha.

—Lo siento —murmuró Antonia.

—¿A qué te refieres? —murmuró también Francesco.

—Siento haberlo hecho... Evidentemente, no te resulto tan

agradable como tú a mí. Perdona.

Se apartó por fin de él, completamente, y se sirvió más champán. Francesco observó cómo temblaba la copa de la muchacha en su delicada mano de un blanco sonrosado, y cómo los labios temblaron un instante antes de posarse en el borde de la copa. Antonia estaba un poco pálida, y se notaba la agitación de su pecho. Francesco se preguntó hasta qué punto podía ser posible para ella fingir con tal de conseguir la venta de tres refugios, que significarían un ingreso de un millón setecientos mil dólares. Era mucho dinero, en efecto. Mucho.

Antonia le miró, sostuvo unos segundos la franca y directa mirada de Francesco, y luego desvió la suya.

—Estaré preparada para el viaje a las ocho en punto —dijo con voz ahogada.

Francesco dejó su copa, quitó la de Antonia de sus finos dedos, y la dejó también sobre la mesita. Luego abrazó a la muchacha por la cintura.

—Me gustaría saber —susurró— si eso de quedarme a tomar café tiene algún significado concreto e inequívoco.

Ella clavó en él sus ojos azules.

—El café se toma por la mañana —dijo.

—¿Y hasta entonces?

—Nunca le he ofrecido a ningún hombre lo que te estoy ofreciendo a ti.

—¿Qué me estás ofreciendo?

—Todo cuanto tú desees.

Francesco estuvo unos segundos mirándola fijamente.

¡Aquellos ojos azules...! De pronto, la soltó, la tomó de una mano y tiró de ella fuera del saloncito. Localizó enseguida el dormitorio, entró en él siempre llevando de la mano a Antonia, y la colocó en el centro de la pieza. Lentamente, procedió a desnudarla, mientras ella permanecía inmóvil, mirándole fijamente, arrebolado el rostro por la emoción. Su magnífico cuerpo quedó completamente desnudo ante Francesco. Era sonrosado, delicado, pero de formas rotundas. Los senos, muy altos y turgentes, mostraban unos pezones casi infantiles, más rosados que el resto del cuerpo... Sin decir palabra. Francesco se desnudó a su vez. Luego, volvió a abrazar a la muchacha.

Ella alzó la boca hacia él, y Francesco la tomó. Sintió como una corriente cálida en todo su cuerpo cuando ella correspondió con su lengua al beso, mientras volvía a rodearle el cuello con sus brazos frescos y sólidos. La reacción viril de Malatesta era inevitable. Se estremeció cuando ella desprendió un brazo de su cuello y llevó la mano hacia él, para prodigarle una dulce caricia...

Antonia se apartó de él y se quedó mirándole como fascinada, y al mismo tiempo desconcertada.

—Qué tonta soy —murmuró—. ¡Me he enamorado de ti!

—Pues ya somos dos tontos —susurró Francesco.

Ella tiró de él hacia el lecho, se tendió y continuó tirando de la mano masculina, que luego, cuando Francesco estuvo tendido a su lado, llevó a su pecho. La turgencia de sus senos era de una frescura maravillosa. Francesco deslizó la mano por el vientre femenino, por los muslos... El cuerpo entero de Antonia Gasperi vibró, y de nuevo la muchacha buscó la boca del hombre. Las caricias comenzaron a sucederse más y más intensamente. Francesco notaba en sus manos la erección de los senos de Antonia, la cual, por fin, tras un beso casi asfixiante, jadeó:

—Ven... ven...

Francesco Malatesta fue hacia ella. Antonia le recibió cálidamente, se abrazó a su cuello y suspiró.

—Francesco... Francesco, ámame...

Francesco Malatesta se preguntaba si realmente podría amar a aquella mujer, que quizá le estaba mintiendo. Pero en algo no había mentido Antonia Gasperi: cuando Francesco la poseyó completamente, en lenta y cautelosa penetración, entre suspiros y gemidos de la muchacha, supo que, en efecto, él era el primer hombre que ella recibía, el primer hombre que llegaba a su interior y le provocaba los primeros goces de mujer finalmente entregada.

* * *

Despertó dándose manotazos en la nariz. Enseguida, oyó la risa de ella y se giró para verla. Tendida desnuda junto a él, Antonia sostenía todavía en alto el rubio mechón de cabellos con el que le había estado haciendo cosquillas en la nariz. La sonrisa de la muchacha era luminosa, resplandeciente.

—Buenos días, Francesco. Son las siete de la mañana.

Había resplandor de sol en la ventana del dormitorio. Francesco recordó súbitamente todo lo sucedido durante la noche, y Antonia, que lo miraba expectante, se sonrojó y se dejó caer sobre su pecho, abrazándose a él, en silencio. Pero el sonrojo, indudablemente, sólo significaba agrado por lo sucedido durante la noche, porque ella lo buscó de nuevo. Abrazada a Francesco, besándole primero en el pecho y luego en la barbilla y finalmente en la boca, Antonia Gasperi se fue acomodando hasta que consiguió una vez más el íntimo contacto que enseguida la hizo suspirar de placer, y rápidamente, alzarse con el ansiado goce del amor, quedando colmada de él por tres veces antes de que Francesco Malatesta se uniera a ella en el dulce vuelo...

—Francesco —suspiró segundos después Antonia, todavía abrazada a él—: te amo. ¡Te amo!

Y lo besó desmayadamente en la boca.

* * *

Francesco leyó ante el mostrador de la conserjería la nota destinada a él que había sido encontrada poco antes por el conserje de turno. Decía:

Segundo paquete investigado. Los dos hombres murieron dentro del coche. Interrogados Ennodio y Lippo sobre ambos, dicen que formaban parte del mismo grupo de Arator Crispi. Van a por ti. Dinos si prefieres seguir trabajando solo en la acción, o prefieres ayuda directa.

Malatesta se dirigió hacia los servicios del vestíbulo, y allí destruyó la nota y, según su costumbre, la tiró al inodoro. No tenía la menor intención de pedir ayuda directa. No tal como estaban las cosas. No.

Cuando se sentó ante el volante del «Mercedes», junto a Antonia, que estaba radiante, todavía tenía el ceño fruncido. No, no

aceptaría ninguna ayuda. ¿Por qué demonios tenía que hacerlo? Era más que capaz de resolver él sólo aquel asunto que al principio había parecido casi trivial, más intrigante que otra cosa...

Antonia le puso una mano sobre una de las suyas. La miró.

—¿Ocurre algo? —murmuró ella.

—No, nada.

—¿Tenías algún recado?

—No. —Francesco sonrió—. Soy un tonto. Sé de sobra que nunca me necesitan en Texas, pero siempre tengo la esperanza de ser útil en algo.

—No eres tonto —se impacientó Antonia—. Y puedes ser todo lo útil que quieras.

—¿En la cama?

Antonia Gasperi se sonrojó bruscamente y desvió la mirada. Francesco le tomó el rostro entre las manos.

—Perdona —susurró—. Además de tonto, soy un bruto.

—Tampoco eres bruto —negó ella, consiguiendo sonreír—. No, no lo eres... Eres dulce, cariñoso e inteligente, lo sé. ¡Oh, sí que lo sé! Y es por eso que te amo que te amé enseguida... no porque me pareciese que podías ser... útil en la cama.

—Ahora va a resultar que también en eso soy tonto.

—¡Francesco, deja de comportarte así! No te entiendo... Sé que eres de una manera, lo siento, lo percibo... pero te estás comportando de modo diferente a como yo te siento. ¿Por qué?

—Quizá estés arrepentida de...

—¡No! ¡No! Nunca pensé que esto llegara a sucederme a mí de este modo, pero no estoy arrepentida de nada... ¿Quieres hacerme el favor de entender de una vez por todas que *te amo*?

Francesco Malatesta suspiró.

—Se nos está haciendo tarde. Será mejor que emprendamos el viaje cuanto antes...

* * *

El helicóptero apareció por encima de ellos cuando estaban unos pocos kilómetros más arriba de la salida a la altura de Orvieto. Circulaban sin prisas, si bien el «Mercedes» parecía devorar la distancia como por cuenta propia, poderoso y suave. Habían

decidido parar a almorzar más allá de Piacenza.

Antonia Gasperi era sencillamente deliciosa. Francesco sabía ya que era una muchacha muy inteligente, pero en ocasiones parecía poco menos que una niña.

Reía, le hacía caricias, hacía alusiones a las delicias que había experimentado en sus brazos, comentaba cosas sobre el viaje... Francesco estaba preparado para soportar cualquier presión relacionada con aquel asunto, así que, en varias ocasiones, tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse al encanto y la alegría de la muchacha. En algunos momentos, tenía la impresión de que la relación entre ambos era ya muy vieja, que se conocían bien, a fondo, y que estar juntos era algo natural. En esos momentos, rápidamente. Francesco Malatesta rechazaba la idea... y al momento siguiente caía de nuevo en las redes del encanto de la muchacha que le había dado todo cuanto se pudiera pedir a una mujer... y que parecía felicísima por haberlo hecho.

—¡Mira! ¡Un helicóptero!

Francesco se inclinó un poco hacia adelante y a través del parabrisas vio el helicóptero, que los rebasaba en aquel momento siguiendo, como ellos, en dirección al Norte. Pero, poco más allá, el helicóptero emprendió la vuelta y comenzó a acudir a su encuentro. Pasó por encima de ellos, muy bajo...

—¡Pero...! —exclamó Antonia—. ¡Si es el helicóptero del señor D'Azeglio!

—¿El socio de tu padre?

—Sí. Papá debe de haberlo llamado a Lido di Ostia, donde el señor

D'Azeglio

está descansando unos días, y el pobre hombre quizá nos envía su helicóptero para... ¡Qué tontería! Tendríamos que dejar el coche. ¡Oh, quizá quieran decirnos algo. Francesco! Si me llamaron a mi apartamento cuando ya nos habíamos marchado...

—Podría ser. En ese caso, nos harán señas.

De pronto. Francesco cayó en la cuenta de que ni el padre de Antonia, ni por tanto su socio, sabían que Antonia viajaba con el presunto cliente en un «Mercedes». ¿Y aun así habían salido en busca de ellos? ¿Buscaban a dos personas en alguno de los coches que viajaban a cien kilómetros por hora y hasta bastante más?

Porque buscar un coche determinado desde el aire era fácil, pero intentar ver a las personas que viajaban en un coche, era descabellado...

En el momento en que pensaba esto, Francesco redujo la velocidad, y se desvió hacia el carril de la derecha de la autopista.

Y justo en ese momento, en el lugar donde un segundo antes había estado el «Mercedes», estalló la primera granada, practicando un boquete en el piso de la autopista, y lanzando piedras y asfalto a todos lados como proyectiles... algunos de los cuales todavía alcanzaron en el costado izquierdo al coche de Francesco Malatesta.

Éste se sobresaltó, pero la muchacha dio un brinco de susto terrible en el asiento, y de no haber sido frenada por el cinturón de seguridad, probablemente habría dado con la cabeza en el techo.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¡Francesco...!

El coche había parecido un gigantesco tambor temblando bajo la andanada de proyectiles.

Se oyeron frenazos, toques de claxon... Francesco miró por el retrovisor lateral, y vio la nube de humo en el boquete de la carretera.

El helicóptero pasó como una exhalación por encima de ellos, apenas a diez metros de altura, ensordeciéndolos... Enseguida, comenzó a girar de nuevo, describiendo un cerrado arco en el cielo diáfano azul.

Antonia, que se había vuelto a mirar, también vio el humo, y luego vio, aterrada, a Francesco, sin poder articular palabra alguna.

El helicóptero volvía, directo hacia ellos. Francesco pasó un carril intermedio, luego al de la izquierda, se desvió velozmente de nuevo al de la derecha...

En el carril del centro explotó otra granada, cuando ya el «Mercedes» había rebasado aquella posición.

—¡Francesco, Francesco...!

—Cálmate —jadeó Malatesta, que estaba tan lívido como la muchacha—. Por favor, Antonia, cálmate.

—Pe-pero nos... nos están...

El helicóptero, pasando por encima de ellos, ahogó las palabras de la muchacha con su rugido. Francesco sabía que de nuevo daba la vuelta, para volver a alcanzarlos y seguir disparándoles granadas.

Querían matarlos. No sólo a él, sino a Antonia Gasperi. O al

menos, no les importaba que ella también muriese.

Pero si el helicóptero era del socio del padre de Antonia, ¿qué significaba aquello? Francesco podía comprender perfectamente que el tal Arator Crispi enviase más hombres a por él, pero... ¿y el tal D'Azeglio?

¿Había prestado éste su helicóptero a Arator Crispi? ¿Estaban relacionados? Entonces, ¿estaban tramando algo el tal Arator Crispi y el socio del padre de Antonia...?

No era momento para pensar, ciertamente.

Francesco detuvo el coche en el carril de la derecha y bajó la visera antisolar, dejando al descubierto la pistola allí oculta, y adherida por el esparadrapo.

Antonia lanzó una exclamación al ver el arma, pero Francesco no le dio tiempo de nada.

—¡Sal del coche, y echa a correr! ¡Aléjate del coche! ¡Haz lo que te digo, Antonia!

La muchacha salió y Francesco lo hizo también, empuñando la pistola. El helicóptero, efectivamente, volvía sobre ellos, reluciendo al sol.

Francesco se dio cuenta de que Antonia permanecía cerca del «Mercedes», como paralizada.

—¡Te he dicho que te alejes! —gritó—. ¡Corre!

Antonia reaccionó, saltando fuera de la autopista.

Francesco corrió hacia el centro. Por el otro lado, los coches procedentes del norte pasaban zumbando, la mayoría a más velocidad de la permitida, todavía no percatados sus conductores de que ocurría algo anormal.

Pero sí se habían dado cuenta los conductores procedentes del sur, y varios coches se iban deteniendo algo más atrás de donde se había producido la primera agresión...

Pese a que los reflejos del sol en el helicóptero le estaban deslumbrando, Francesco Malatesta mantuvo su mirada fija en el aparato mientras alzaba la mano armada.

Ni siquiera iba a darles tiempo de intentarlo de nuevo. ¡Ni siquiera les iba a permitir que destrozasen el coche...!

Comenzó a disparar, manteniendo el brazo derecho estirado, y sujetando el codo con la mano izquierda. Ni siquiera oía los silenciosos disparos... pero sí vio, más allá, el súbito cambio de

vuelo del helicóptero.

Por un instante, pareció quedar suspendido, luego la cola giró, el aparato comenzó a caer... de unos quince metros de altura. Se convirtió en una bola de fuego y de humo negro, que lo envolvió un momento. Pareció que el helicóptero se desprendiera de esa bola de humo cuando cayó a plomo en la autopista, a unos veinte metros de donde estaba detenido el «Mercedes».

El estallido fue tremendo, saltaron piezas por todas partes, y masas de fuego volaron en todas direcciones. En la parte de autopista procedente del norte se originó un caos tremendo, los neumáticos chirriaron, hubo un par de leves choques de alcance...

Francesco echó a correr hacia el «Mercedes», gritando:

—¡Antonia! ¡Antonia, vuelve!

Ahora sonaban claxons, seguían oyéndose frenazos... Antonia no podía oír a Francesco, pero detenida y vuelta hacia la autopista, lo vio correr hacia el coche, y comprendió. Cuando se sentó de nuevo a su lado, jadeante, Francesco Malatesta arrancó inmediatamente, exigiendo enseguida del magnífico automóvil la máxima velocidad.

—¿Estás segura de que ese helicóptero era del amigo de tu padre, ese

D'Azeglio?

—jadeó Francesco.

—Sí. ¡Pero no comprendo...!

Francesco no testó. Entre otras cosas, porque él tampoco comprendía nada. Salvo que tenían que desaparecer de allí cuanto antes, abandonar la autopista en la primera salida, y perderse en cualquier carretera antes de que alguien tuviera la idea de anotar la matrícula del «Mercedes» y complicar más el caso con la intervención de la policía italiana.

CAPÍTULO V

Debían de ser las dos de la tarde cuando detuvo el «Mercedes» cerca del embarcadero deportivo de Lido di Ostia, la famosa playa frecuentada por los romanos. Todo lo que tenía que hacer ahora era localizar el yate llamado «Coliseum» propiedad de Gioberto

D'Azeglio

también, como el helicóptero, información que había conseguido de Antonia... que ya no le acompañaba.

Estacionó el coche, lo cerró, y se lanzó a la búsqueda del yate «Coliseum». Mientras caminaba por el embarcadero recordaba la última nota dejada en un lado de la autopista

Roma-Lido

di Ostia, con uno de sus botones.

La nota decía:

Tercer paquete: helicóptero propiedad de Gioberto

D'Azeglio,

socio de Casiodoro Gasperi, propietario asimismo del yate «Coliseum», anclado en Lido di Ostia, donde

D'Azeglio,

ricachón él, tiene también una villa, que utiliza como base de descanso de sus pequeños cruceros con el yate durante sus vacaciones. En el helicóptero había no menos de dos hombres. Me dispararon granadas. Lo derribé disparándoles con una pistola. Todos muertos, claro. ¿O no? No tengo ni idea de lo que está pasando, pero quiero seguir solo. Besitos. Frankie.

Allá estaba el yate «Coliseum». Francesco se quedó mirándolo especulativamente. No había nadie en cubierta. Era la hora de la siesta, el sol calentaba de firme.

Recorrió la pasarela hacia la cubierta del yate. Hacia el fondo, el Mediterráneo espejeaba en cegadores destellos azules.

Francesco se dirigió hacia el interior del yate. En seguida comenzó a oír las risas femeninas... y segundos después veía a las tres muchachas. Se quedó pasmado mirándolas. Tan pasmado como ellas mirándole a él, aunque él tenía más motivo de pasmo que ellas, pues iba vestido, y en cambio, las tres ninfas estaban completamente desnudas.

El primero en reaccionar fue Francesco, que sonrió y dijo:

—Buenas tardes... Hace calor, ¿eh?

Las tres jovencitas todavía tenían en los labios la sonrisa con la que habían sido sorprendidas. De pronto, una de ellas exclamó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es?

—Me llamo Malatesta.

Las chicas abrieron mucho los ojos. Luego rieron. Eran preciosas, y ninguna de ellas tenía todavía los veinte añitos, seguro. En sus enhiestos pechos provocativos y en sus bajos vientres se veía todavía la señal de las dos piezas del bikini, más blanca la piel que el resto del cuerpo. Una era pelirroja, otra rubia, la otra morena. Chocante.

—¿Y qué quiere usted, señor Malatesta?

—Ver al señor

D'Azeglio.

Es urgente. Estuve en la quinta pero me dijeron que él estaba en el yate.

—Sí, está, pero descansa en estos momentos.

—¿Estaba cansado? ¿De qué? Tengo entendido que se halla de vacaciones.

—¡Por eso precisamente está cansado! —rió la pelirroja.

—Ya, ya... entiendo. Bueno... ¿Y qué? ¿Cómo va la vida, chicas? Adivino que sois vosotras las causantes del cansancio del señor D'Azeglio,

¿a que sí? Y no lo culpo: tres contra uno es demasiado. ¿Sois putas fijas o sólo chicas que se divierten con tipos ricachos?

—Eso que ha dicho usted es muy feo, señor Malatesta —dijo la

rubia.

—En cambio, tú eres preciosa. Las tres estáis para comeros a mordiscos. Y eso es lo que se me está ocurriendo que podría hacer... a menos que alguna de vosotras vaya a avisar al señor

D'Azeglio

de mi presencia en su picadero flotante.

—Yo iré —dijo la morena.

Francesco asintió, y se dejó caer en una estilizada butaca. La morena salió del saloncito. La rubia ofreció:

—¿Un cigarrillo?

—No fumo.

—¿Café, coñac...?

—No bebo.

—¡Oh, qué hombre tan duro! —rió la pelirroja.

Francesco sonrió.

—No sé si os estáis dando cuenta de que os veo el peluquín y las ubres.

—¿Y eso le disgusta? —preguntó la rubia, tras lanzar una carcajada simultánea con la de la pelirroja.

—De ninguna manera. Era por avisar, nada más. A veces, uno está tan distraído que ni se da cuenta de algunas cosas. Yo, por ejemplo, una vez fui a una fiesta sin calzoncillos...

—Oh, eso no tiene importancia...

—Es que también me había olvidado los pantalones.

De nuevo rieron las dos. La morena reapareció, y casi pisándole los talones, llegó un hombre, poniéndose una camisa y casi colgándole los pantalones. Debía tener unos cincuenta años, era calvo, y el sol se había cebado en su cabeza, enrojeciéndola. Más bien grueso, de mediana estatura, velludo. Sus ojos oscuros miraban con expresión expectante a Francesco, que le saludó moviendo una mano.

—Buenas tardes, señor

D'Azeglio.

—¿Qué desea usted? No le conozco...

—Estoy buscando a Antonia Gasperi.

Gioberto

D'Azeglio

se quedó mirándolo sobresaltado.

—¿A Antonia? ¿Aquí?

—Anoche, ella habló con su padre por teléfono, desde Roma, y el señor Gasperi le dijo que estaba usted aquí, con su yate, su helicóptero... Que seguramente aceptaría que su piloto nos llevase en su helicóptero a Turín. Sin embargo, Antonia y yo quedamos en que iríamos a Turín en mi coche, y nos despedimos. Esta mañana he ido a buscarla a su apartamento y no está allí. La he estado esperando, la he llamado, he pasado varias veces por mi hotel, por si ella había ido allí a buscarme... bueno, no aparece por parte alguna, y pensé que podría haber venido aquí.

D'Azeglio

parpadeó, por fin.

—No... No está aquí.

—Pensé que ella había decidido regresar a Turín por su cuenta en el helicóptero de usted.

—No... No.

—¿Está usted seguro? ¿Dónde tiene el helicóptero?

—En el aeropuerto de Fiumicino, claro.

—Bueno, quizá ella fue allí directamente y en estos momentos esté en Turín. Tal vez se enfadó porque le hice ciertas proposiciones, y no quiso viajar conmigo. Tengo que pedirle disculpas, naturalmente, y proseguir las negociaciones para la adquisición de tres

V. A. R. A.

¿Cómo podríamos ponernos en contacto con el piloto de su helicóptero, para saber si Antonia fue a buscarlo?

—Pues no sé... Bueno, podríamos ir a Fiumicino con el yate, desde luego, pero la tripulación está de permiso... Cuando estamos en tierra no los necesito para nada, prácticamente.

—Me hago cargo —sonrió Francesco, dirigiendo una mirada de reojo a las muchachas—. En resumen, señor

D'Azeglio,

usted no envió su helicóptero en busca de Antonia.

—Claro que no. Ni siquiera sabía que ella estaba en Roma. Todo esto es tan extraño... Bueno, espero que no le haya pasado nada a Antonia.

—Yo también lo espero así —murmuró Francesco—. Pero sería conveniente que nos asegurásemos, que nos Interesáramos por ella.

—Desde luego que sí. Bien, creo que lo mejor será que zarpeamos cuanto antes hacía Fiumicino.

—Ya que no está aquí su tripulación, yo puedo pilotar el yate, si lo desea —se ofreció Francesco.

—Claro que no. Lo haré yo... Estoy todavía medio dormido, he comido demasiado... Me despejará el aire del mar. Usted puede permanecer aquí abajo, señor Malatesta.

—Es usted muy amable. Las chicas no son hijas suyas ¿eh?

—No —rió

D'Azeglio

—. ¡No lo son! Sólo son unas simpáticas amigas. Considérese en su yate, señor Malatesta.

—Grata situación —sonrió Francesco.

Gioberto

D'Azeglio

movió la cabeza y se dirigió hacia la cubierta. Poco después, se percibía la vibración del yate al ser puestos en marcha los motores. Francesco pensó en Antonia, que le esperaba en cierto lugar de Lido di Ostia. Y pensó en

D'Azeglio...

¿Realmente no sabía nada de lo sucedido con su helicóptero? ¿O no había sido su helicóptero, y, tal como él había temido, Antonia se había equivocado, motivo por el cual él había querido asegurarse? Porque si el helicóptero no era de

D'Azeglio,

sólo podía ser del enigmático e invisible Arator Crispí, en cuyo caso, él seguiría sin disponer de pista alguna que lo llevara hasta el tal Crispí de los demonios...

—¿No tiene usted calor? —preguntó la morena.

—Un poco —admitió Francesco.

—En ese caso, debería aligerarse de ropa, ¿no cree? Entre unas cosas y otras, tardaremos una hora en volver a ver a Gioberto... Espero que no sea partidario de pasar esa hora sentado ahí como un buen chico.

—Es que soy un buen chico —sonrió Francesco.

—Sí que lo parece —sonrió la morena; se acercó y se sentó en sus rodillas...— Y apueste a que es mucho más fuerte que Gioberto... en todos los sentidos. ¡Qué nariz tan simpática!

Se la acarició con un dedito. Francesco sonrió de nuevo, y con una mano hizo brincar los senos de la muchacha.

—¡Qué tetas tan simpáticas! —exclamó.

La morena rió. La pelirroja y la rubia se acercaron, riendo también.

—¿Y las nuestras? —preguntó la rubia—. ¿Qué le parecen?

—A ver, a ver —alargó el brazo. Francesco—. Caramba, qué durísimas son... ¡Qué cositas tan ricas! Ese viejo sinvergüenza debe pasarlo fenómeno con vosotras.

—Pero nosotras no tanto con él. ¡Qué fuerte eres! —exclamó la pelirroja, apretándole un bíceps—. ¡Oh, qué brazos...!

—A mí, lo que más me gusta de él es la boca —dijo la morena—. Tan grande y fuerte, tan generosa y simpática... ¡Tienes una sonrisa que mata, Malatesta!

—Soy feo —dijo Francesco.

—¡Qué has de ser feo...! Me gustaría que me besaras.

Francesco se inclinó un poco, y lanzó un mordisco a un seno de la morena, que emitió un grito de júbilo. Las otras dos se acercaron más, inclinándose hacia Francesco.

—¡Házmelo a mí también, a mí también...!

—¿Qué pasa? —sonrió él—. ¿Gioberto usa dentadura postiza y no satisface vuestro masoquismo?

—¡Muérdeme a mí también! —ofreció la pelirroja sus pechos henchidos, voluminosos.

—Bueno, bueno, por turno, queridas... ¡Eh! ¿Qué hacéis...?

La pelirroja y la rubia tiraban ahora de sus manos, casi derribándolo a él y a la morena, que se abrazó a su cuello, lanzando también una exclamación de protesta.

—¡No nos conformamos con el lugar de privilegio de ella! —dijo la pelirroja—. ¡Vamos al montón!

Francesco cayó de rodillas ante la butaca, y la morena quedó tendida en el suelo ante él, sin dejar de protestar. La rubia se abalanzó al cuello de Francesco, y, lo derribó.

Enseguida, riendo, las otras dos se unieron a ella en un revolcón.

En un momento, Francesco Malatesta se encontró sepultado bajo las tres muchachas, que comenzaron a besuquearle y a acariciarle, restregándose contra él de todas las maneras imaginables, ofreciéndole sus anatomías para que las besara y para que las

acariciara. Francesco se encontró en las manos los pechos de las chicas, sus caderas, sus vientres, sus...

Una de ellas se le abrazó fuertemente, y le besó en la boca. Otra le bajó la cremallera del pantalón, y Francesco respingó cuando su virilidad pasó a poder de la muchacha, que enseguida pretendió sentarse...

Lo hizo. Francesco, sofocado por el beso de una de las muchachas, se encontró complaciendo a otra mucho más completamente. La chica, sentada adecuadamente, emitía grititos de incipiente lujuria, moviéndose acompasadamente.

La sensación era tremenda para Francesco Malatesta. Vagamente, se daba cuenta de que estaba poseyendo a una muchacha mientras otra le besaba en la boca y otra le colocaba las manos sobre sus senos... La sensación era muy placentera, la cabeza de Francesco comenzó a dar vueltas. No podía pedir más: besaba a una, poseía a otra, acariciaba a otra, que ahora le estaba acariciando el pecho a él...

Y de pronto, notó el tirón.

Todo explotó, como una burbuja. La comprensión de la realidad llegó a la mente de Francesco al mismo tiempo que la voz de la muchacha que le había estado acariciando el pecho.

—¡Ya se la he quitado! —exclamó la muchacha.

Inmediatamente, la chica que le besaba dejó de hacerlo, y se apartó de él. Pero la que estaba sentada sobre su virilidad permaneció allí, mirándole sonriente y sin dejar de moverse un momento.

Francesco miró a la que le había quitado la pistola, y que ahora le apuntaba con ella al pecho. La situación cambió tanto que la fisiología de Francesco acusó el golpe, y la chica que estaba sentada encima protestó.

—¡Oh, no, no te desanimes ahora...!

—Será mejor que no te muevas de ahí. Malatesta —dijo la pelirroja apuntándole firmemente.

Francesco se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, no está del todo mal —murmuró.

—Mejor es que te lo tomes así... Ve a decirle a Gioberto que ya lo tenemos controlado, Carla.

—Me gustaría ser yo quien lo tuviera controlado —rió la morena

—, pero no con la pistola, se entiende.

Rieron las tres. Francesco Malatesta tuvo un súbito acceso de furia, y su reacción fue tan rápida y brutal que en un instante la situación cambió, incapaces las tres chicas de contener a la fiera que se revolvió contra ellas...

Girando a la derecha, separó de sí a la gozosa rubia que seguía «controlándolo» sentada sobre él, derribándola de costado; al mismo tiempo, sus manos giraban hacia los pies de la pelirroja, que no tuvo tiempo ni de bajar la pistola.

Las manos de Francesco asieron sus tobillos, dieron un tirón fortísimo, y la pelirroja, gritando, cayó de espaldas, propinándose un batacazo escalofriante, que hizo saltar la pistola de su mano.

Carla, la morena, emitió un grito de alarma, y se abalanzó hacia donde había caído la pistola. Francesco giró sobre sí mismo y llegó junto al arma en el momento en que Carla se inclinaba a recogerla...

El puñetazo de Francesco le acertó de lleno en el seno izquierdo, resonando sordamente. Carla abrió los ojos, su rostro se desencajó y cayó de bruces sobre la pistola, sin proferir ni un mísero gemido.

La rubia que había estado gozando con Francesco gritó también, y corrió hacia la salida, pero Francesco se puso en pie de un salto, la alcanzó con un par de zancadas, y la asió por los cabellos, deteniéndola en seco.

—De modo que querías violarme, ¿eh? —farfulló.

Su puño derecho impactó en la región lumbar de la muchacha. Ésta se encogió, pareció quedar petrificada. Francesco soltó sus cabellos, y la muchacha se derrumbó como un saco, en silencio. Durante unos segundos, Francesco se quedó mirándola, jadeante, todavía furioso.

Se volvió hacia las otras dos vivamente. Pero no había cuidado. La pelirroja había perdido el conocimiento al golpearse la cabeza debido a su caída de espaldas.

La morena yacía también sin sentido sobre la pistola. Y la rubia, había pasado asimismo del placer al oscuro sueño de la inconsciencia.

—¡Zambomba! —exclamó de pronto Francesco—. ¡No se lo van a creer cuando lo explique!

Se acercó a Carla y la apartó de sobre la pistola. Los senos de la

muchacha vibraron con el gesto al rodar boca arriba. Francesco asió la pistola, se quedó mirando los hermosos pechos y sonrió perversamente.

—¡Moc, moc! —dijo, apretando primero un seno y luego el otro.

Se puso en pie, subió la cremallera de su pantalón tras guardar de nuevo el arma, y miró alrededor. No vio allí nada que pudiera servir para sus propósitos, así que emprendió la búsqueda. Fue rápido y fácil.

Poco después, con cordeles encontrados en la cocina, ataba de pies y manos a las tres chicas, y con tiras de esparadrapo encontrado en el botiquín, sellaba sus lindas boquitas. La rubia fue la primera en recuperar el conocimiento, y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

Francesco le sonrió.

—Te debo medio polvo, cariño —dijo.

Y se dirigió hacia la cubierta.

Cuando Gioberto

D'Azeglio,

a los mandos del yate, lo vio acercarse, palideció. No pudo reaccionar en ningún otro sentido. Francesco entró en la pequeña cabina de mandos y sonrió amablemente.

—Zambomba, ¡qué bien se va en yate, señor

D'Azeglio!

—Sí... sí...

—¿Cómo son aquellos versos...? Ah, sí: el cielo está sin nubes, azul está la mar... Tengo una amiga que está loca por el mar. Y adora las gaviotas. ¡Imagínese, las gaviotas, unos bichos que comen carroña muchas veces...! Sin embargo, le confieso que a mi también me gustan las gaviotas. ¿Ha visto ahora alguna por aquí?

—No... No... no.

—Lástima. Oiga, señor

D'Azeglio,

usted que tiene aspecto de ser una persona culta: ¿verdad que el hígado, lo tenemos al lado derecho del cuerpo, más o menos por aquí?

—Sí... En efecto, sí.

—Gracias. Es que yo soy tonto, y no entiendo de estas cosas. Bueno, ha sido muy amable por la información. ¿Ha dicho usted

aquí?

El puñetazo en el hígado, corto y seco, resonó en el lustroso cuerpo de Gioberto

D'Azeglio

como un toque de bombo.

D'Azeglio

desorbitó los ojos, desencajó las facciones, se encogió y rodó a los pies de Francesco, sin sentido.

—¿Lo ves, Gioberto? —se lamentó Francesco—. Si hicieras más deporte tendrías el cuerpo más sólido, y seguramente habrías aguantado el puñetazo. Aunque hubiera sido peor, porque habría tenido que darte otro...

CAPÍTULO VI

Cuando Gioberto

D'Azeglio

recuperó el conocimiento, estaba atado de pies y manos, tendido en el suelo del saloncito, y lo primero que vio fue a sus tres amiguitas, que le miraban con expresión asustada. Luego vio a Francesco, sentado en una butaca y mirándolo amablemente. Los motores del yate estaban parados.

—Ya estamos en Fiumicino —dijo Francesco—. Ha sido un viaje corto, entretenido y simpático, ¿verdad?

D'Azeglio

tragó saliva, y no contestó. Francesco sonrió, y dedicó de nuevo su atención a la nota que estaba escribiendo. Decía:

Cuarto paquete. Contiene al señor

D'Azeglio

y a tres putas preciosas. Para no cansarme escribiendo,
el señor

D'Azeglio

os explicará lo que ha ocurrido aquí y hacia dónde me
dirijo ahora. Más besos. Frankie.

Sí, señor, no hacía falta escribir más. Francesco sacó uno de sus botones, y lo envolvió con el papel. Se dio cuenta de las miradas de curiosidad de sus anfitriones, y sonrió de nuevo.

—Es que el botón es un pequeño emisor de señales, ¿saben? Unos amigos míos andan por aquí recogiendo los paquetes que les

voy dejando. Funciona así: yo escribo un mensaje, y lo dejo con uno de estos botones milagrosos, después de apretarlos para ponerlos en funcionamiento; las pilas son diminutas, pero tienen una duración mínima de doce horas. En ese tiempo, mis amigos lo han localizado utilizando un receptor de señales, y se van haciendo cargo de los mensajes y de los paquetes que les voy dejando. Es que si no, tendría que ir matando un montón de gente por ahí, y si es posible, prefiero no matar a nadie. Ya sé, ya sé, soy tonto, pero cada cual es como es. Usted, por ejemplo, señor

D'Azeglio,

es un criminal. ¿O no?

De nuevo tragó saliva

D'Azeglio,

y eso fue todo. Francesco frunció el ceño.

—Le advierto a usted —murmuró Francesco— que si bien prefiero no matar a nadie, no tendría inconveniente en cortarle la cabeza a un tipo como usted. Y en pasar una plancha caliente por los rostros de sus lindas amiguitas. ¿Me he explicado? Usted, claro, sin cabeza creo que se moriría, y ellas, aunque seguirían teniendo cabeza, quizá prefiriesen morir, considerando cómo quedarían sus caras después del... planchado. Con todo esto,

D'Azeglio

le estoy diciendo claramente que si no contesta a mis preguntas, le voy a matar. ¿Está claro?

D'Azeglio

asintió, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Muy bien. Usted sabía perfectamente que alguien había utilizado su helicóptero para perseguirnos a Antonia y a mí y matarnos. ¿Cierto?

—Sí... sí.

—Eso está muy mal —susurró Francesco—. ¿Por qué querían matarnos?

—No lo sé. Yo solo... he aceptado las condiciones de Crispi para convertirme en accionista mayoritario y casi exclusivo de la industria que ahora dirige y controla Casiodoro Gasperi, el padre de Antonia.

—Crispi... ¡Por fin aparece! Se refiere usted, naturalmente a Arator Crispi.

—Sí.

—Y usted y él están en combinación para conseguir que usted quede prácticamente como propietario de esa industria del padre de Antonia dedicada ahora a la construcción de refugios antiatómicos... ¿con qué fin?

—Bueno... Cuando yo sea director y mayoritario, Arator Crispi seguirá con la parte del plan que nos hará ricos en muy poco tiempo. Es decir, riquísimos... Me aseguró que ganaríamos una auténtica fortuna, algo fuera de lo normal.

—Ya, pero usted no sabe cómo.

—No.

—Sin embargo, debe de estar relacionado de un modo u otro con los

V. A. R. A.,

¿no es así?

—Sí... pero no sé cómo. Eso sólo lo sabe Crispi.

—Bien. Pero me pregunto, señor

D'Azeglio,

cómo pensaba usted convertirse en socio mayoritario, y por tanto dirigente absoluto de la industria que ahora dirige el señor Gasperi... ¿Matándolo?

—No. Bueno, él... él es un hombre ya mayor, y sólo tiene en la vida a Antonia... Está loco por ella. Si le faltase, todo perdería significado para Casiodoro.

Francesco Malatesta palideció intensamente. No debía tener nada de tonto, porque comprendió lo que aquello significaba. Lo comprendió en el acto.

—Ya entiendo. Si mataban a Casiodoro Gasperi, las Acciones de la industria serían heredados por Antonia, de modo que también tendrían que matarla a ella, y eso sería demasiado... vistoso. En cambio, si la mataban a ella, eliminaban a la heredera, y como el padre quedaba hecho polvo y sin interés por nada, lo vendería o cedería todo, se retiraría a morir de tristeza... y usted quedaría como amo y señor de todo. ¿No es así, señor

D'Azeglio?

—Sí... sí.

Ahora fue Francesco quien se pasó la lengua por los labios, que sentía secos, como de madera.

—Muy bien. De modo que lo que nos falta saber, ahora, es qué está tramando realmente Arator Crispi con los
V. A. R. A.

¿Qué me dice de Gregorio Scandiano? ¿Qué tiene que ver él en esto?

—¿Scandiano? Ni siquiera sé quién es.

—No sé quién es. Sé que las Castellamare están vendiendo

V. A. R. A.,

pero no sé quién es Scandiano.

—Vaya... ¿qué le parece? ¡Y nosotros que pensábamos que él era quien estaba tramando algo! Porque resulta que Scandiano es un viejo conocido nuestro, un tipo de lo más peligroso...

—¿Quiénes son ustedes? ¿Para quién trabaja usted?

—Para la

C. I. A.

—sonrió infantilmente Francesco—. ¡Pero no se asuste, hombre! Verá lo que pasó. Unos amigos míos se enteraron de que Gregorio Scandiano andaba metido en un negocio de venta de refugios antiatómicos, y eso les llamó la atención, porque como le decía hace un momento. Scandiano es todo un canalla, que lleva años haciendo porquerías en Europa y Africa. Es un mercenario de baja estofa, un auténtico criminal, entiéndalo, no un mercenario... corriente, un soldado profesional, por decirlo así. En realidad, la

C. I. A.

ha estado varias veces a punto de cargárselo, pero, por motivos retorcidos del espionaje, una y otra vez les ha ido conviniendo que Scandiano permaneciera vivo. Pero vigilado, naturalmente. Y de pronto, el guapo Gregorio se liga a Benedetta. Scandiano, parece convertirse en un hombre tranquilo e inofensivo, y se mete en el negocio de los refugios antiatómicos. Mis amigos no podían creerlo. ¿Qué estará tramando ahora Scandiano?, se preguntaban un día y otro. Hasta que yo me entero, y digo: ¿por qué no lo dejáis de mi cuenta? Y aceptaron, a condición de que hiciera las cosas de modo que el nombre de la siempre criticada

C. I. A.

no apareciera por ningún lado. Y yo me dispuse a ver qué estaba tramando Scandiano. ¡Y ahora resulta que todo es cosa de un tal Arator Crispi! En fin, así es la vida... ¿Dónde puedo encontrar a

Arator Crispi?

—No sé... ¡No lo sé!

Francesco se miró las manos grandes, fuertes, nervudas.

—Señor

D'Azeglio

—murmuró, sin mirar a éste—: ignoro por qué pero Arator Crispi se ha empeñado en matarme prácticamente desde que puse los pies en Roma. Mejor dicho, en el «palazzo» de las Castellamare. Al parecer, creían que yo tenía unos planos, y pretendían que se los entregase. Pero en realidad, éste es un tonto pretexto para matarme. Analizando la situación, sólo se me ocurre lo siguiente... Primero, simulan que quieren los planos, y luego que se enfadan conmigo porque voy quitando de en medio a un montón de sujetos todavía más tontos que yo, y claro, insisten en matarme. Yo creo ahora, deduzco, que en realidad sólo se trataba de sentar bien clara la situación de que deseaban matarme a mí. Así, cuando yo me relacionase con Antonia forzosamente por ser ésta quien llegaba con los planos, volverían a atacarme... y, desdichadamente, la matarían también a ella. Pero, como quien habría sido atacado siempre habría sido yo, nadie pensaría que querían matar realmente a Antonia Gasperi, de modo que ni remotamente sospecharían de alguna maniobra de usted para quedarse con la dirección de la industria que fabrica los

V. A. R. A.

No sé si me he explicado.

—Sí, se ha explicado —jadeó

D'Azeglio.

—Gracias. Entonces, eso es todo: matar a un tonto como tapadera del auténtico asesinato de Antonia Gasperi. De donde se desprende claramente que los primeros ataques que sufrí no fueron... auténticos, sólo sentaban un precedente. Ni me habrían matado los que dijeron que querían llevarme a dar un paseo, ni me habrían matado los que me persiguieron con el coche... Pura comedia, sentar el precedente de que querían eliminarme... Cosa que sólo harían por puro trámite, cuando estuviese con Antonia, la víctima que interesaba. Es muy astuto su amigo Arator Crispi, señor D'Azeglio.

Posiblemente, yo no esté a su altura en cuanto a astucia, pero ardo

en deseos de charlar con él, de tener una... entrevista. Desde luego, me lo voy a cargar por haber planeado el asesinato de la dulce Antonia. Pero antes quiero saber qué es lo que está tramando realmente, qué ha inventado para conseguir por medio de los

V. A. R. A.

esa colosal fortuna que usted ha mencionado. Así que, de momento, me voy a olvidar de Gregorio Scandiano, y me voy a concentrar en Arator Crispi, el hombre invisible... que no lo es. Usted sabe dónde está, señor

D'Azeglio

y yo quiero la respuesta. Piénselo bien antes de negar que ignora el paradero de Arator Crispi... Piénselo MUY BIEN. Y ahora, señor

D'Azeglio,

¿dónde puedo encontrar a Arator Crispi?

Gioberto

D'Azeglio

estaba sudando a chorros. Miraba a los ojos a Francesco Malatesta. Unos ojos que a él le parecían bondadosos, simpáticos, bonachones, amables, afectuosos... pero que sin la menor duda debían esconder toda la inteligencia, astucia e implacabilidad de un agente de la C. I. A.

bien entrenado.

—En un hotel —susurró—, en un hotel de Roma. En el bar.

—¿Qué hotel?

—Hotel Capri.

—¿Cómo es Arator Crispi?

—No sé... Corriente. Nunca le he visto bien. Sólo nos entrevistamos una vez, el resto de la relación se ha sostenido por teléfono.

—Pero podrá describirlo. ¿Es alto, bajo, rubio, jorobado, negro, blanco...?

—Debe medir metro ochenta, es fuerte... rostro correcto, no sé qué más decirle.

—¿Cuándo tenía que encontrarse con él?

—Esta misma tarde, a las seis, en el bar del Capri.

—¿Con qué objeto?

—Me dijo que era importantísimo que fuera. No sé más.

Francesco Malatesta permaneció pensativo un par de minutos.

Por fin, se puso en pie, se acercó a

D'Azeglio

y lo amordazó con varias tiras de esparadrapo.

—Voy a dejar la nota con el emisor en cubierta. Dentro de poco tendrán aquí a mis amigos, que se encargarán de ustedes, y, tras una conversación adecuada, les darán el curso que convenga: lo mismo los tiran a los tres al fondo del mar, que los entregan a la Policía italiana o al

S. I. D.

[2] A mi, ustedes han dejado de interesarme... ¡Arrivederci!

Minutos más tarde, en tierra firme, Francesco Malatesta se acercaba a un grupo de muchachos que conversaban junto a sus motocicletas. Eligió la que le pareció más veloz y poderosa, y la señaló.

—¿De quién es esa máquina? —preguntó.

—Mía —se acercó uno de los muchachos.

—Si me dejas conducirla hasta Lido di Ostia, contigo en el sillín de atrás, te doy cien mil liras.

—¿Es una broma, señor? —sonrió el muchacho.

—No. Es sólo que tengo que estar en Lido di Ostia cuanto antes. Y creo que con tu moto lo conseguiré. Cien mil liras.

—De acuerdo.

Segundos más tarde, Francesco Malatesta conducía una veloz motocicleta hacia Lido di Ostia. En el sillín de atrás, el muchacho, todavía desconfiado, pero dispuesto a conseguir nada menos que cien mil liras por un paseo. Y detrás de la motocicleta, el resto de la pandilla, en las suyas, gritando y alborotando, gastándose bromas y efectuando maniobras de infarto por la carretera. Por fortuna la distancia ni siquiera era de diez kilómetros, así que Francesco respiró aliviado cuando se cumplió el trayecto, rápidamente. Saltó de la motocicleta, miró al muchacho y le guiñó un ojo.

—Buena máquina.

—Cien mil liras.

—No tengo liras.

—¡Oiga, amigo...!

—¿Te da lo mismo dólares? Dólares sí tengo.

Sacó un fajo de billetes, separó unos cuantos y se los tendió al muchacho, que aceptó de buena gana. Y cuando sus amigos se

acercaron a contemplar el botín, el muchacho soltó una carcajada, mostrando los billetes americanos.

—¡Es tonto! —exclamó—. ¡Al cambio, son doscientas mil liras lo que me ha dado, no cien mil! ¡Es un pobre tonto...!

Alejado de los muchachos. Francesco los vio reír, saltar sobre sus motos, y emprender el regreso a Fiumicino. Sólo entonces se acercó a un bar cuyo ventanal daba a la pequeña plaza donde había detenido la moto.

Entró en el bar y fue a sentarse a la mesa colocada junto al ventanal. Antonia Gasperi, sentada en aquella mesa, lo miró con expresión de alivio.

—Creí... creí que te había ocurrido algo... ¡Has tardado mucho!

—Hemos llegado hasta Fiumicino.

—¿Quiénes son esos muchachos?

—Unos amiguetes a los que he obsequiado con doscientas mil liras. Están como cabras, pero son simpáticos. Recuerdo que una vez cuando yo tenía dieciséis años...

—Francesco... Francesco, ¿qué, ha pasado? ¿Qué te ha dicho el señor

D'Azeglio?

Francesco miró su reloj de pulsera, y frunció el ceño en rápida meditación.

—Tenemos tiempo de tomar un helado antes de volver a Roma en el «Mercedes»... Es que tengo una cita a las seis en el bar del hotel «Capri»...

* * *

Pero la cita no se cumplió, porque nadie que se llamase Arator Crispi apareció a las seis en el bar del hotel «Capri». Ni a las siete.

A las siete y cinco, Francesco Malatesta abandonó el bar y acto seguido salió del hotel. Segundos más tarde, se sentaba frente al volante del «Mercedes», estacionado cerca. En el asiento de atrás. Antonia exclamó:

—¡He estado varias veces a punto de entrar a buscarte!

—Te habría invitado a otro helado —gruñó Francesco—. Y eso habría sido todo. No ha venido.

—Quizá el señor

D'Azeglio
te engañó...

—No. Tenía demasiado miedo a que lo matara. Y además, le dije bien claramente que iba a quedar en manos de unos amigos míos... No me mintió. Lo que ocurre es que de un modo u otro, Arator Crispi se ha enterado de lo ocurrido, y naturalmente, no se ha acercado por el «Capri». He preguntado en conserjería si estaba alojado en el hotel, pero nadie conoce a Arator Crispi.

—Podría ser que él hubiera venido, pero como tú no lo conoces...

—Los tipos como ése son fáciles de identificar. Tienen... algo especial. He conocido gente así, Antonia No, no está en el hotel, ni ha venido. Creo que se ha enterado de lo ocurrido, simplemente.

—Pero... ¿cómo?

—No lo sé. Y ahora que pienso... ¡zambomba! ¡A ver si tenemos por aquí cerca alguna pareja más de sus asesinos contratados y nos están viendo ahora...!

—Tal vez no haya llegado todavía Arator Crispi...

—Si la cita era a las seis, no va a venir a las siete. Nos vamos de aquí inmediatamente —puso el coche en marcha—. Y vas a salir del coche en cuanto lleguemos a la esquina.

—¿Por qué? —protestó Antonia—. ¡Yo quiero...!

—Tú harás lo que yo te diga, a saber: saldrás del coche rápidamente, te meterás en un portal, y buscarás dentro de un rato un hotel donde pasar la noche. No se te ocurra aparecer por el mío, ni mucho menos ir a tu apartamento. Y no llames a tu padre, Antonia... Es posible que se preocupe unas horas, pero él no tiene que saber nada de lo que está pasando. Se preocuparía tanto que con seguridad haría alguna tontería. Creo que entiendes bien esto, ¿verdad?

—Sí... sí.

Segundos después, Francesco detenía el coche, y se volvía a mirar a la muchacha, que se inclinó hacia él, le besó, y acto seguido salió rápidamente del coche, y se ocultó en un portal.

Francesco reanudó la marcha enseguida, mirando por el espejo retrovisor, por si aparecía algún coche del cual se apareara algún individuo que le inspirara desconfianza.

Pero no fue así. Ni, en contra de sus temores, tampoco ningún

coche le siguió a él.

Muy bien, Arator Crispi se le había escapado. Una vez más era el hombre invisible.

Pero él tenía a Gioberto
D'Azeglio.

Es decir, no él, sino sus amigos. Ellos lo tratarían como se merecía... y quizá le enviasen algún mensaje al hotel.

Así que Francesco Malatesta se dirigió hacia el «Imperial», con la esperanza de tener allí alguna nota que pudiera ayudarle a encontrar a Arator Crispi...

CAPÍTULO VII

No, no tenía ninguna nota.

Pero tenía una sorpresa: Benedetta de Castellamare le estaba esperando en el vestíbulo del «Imperial», sentada en una de las confortables butacas.

Ella se le quedó mirando con los ojos muy abiertos, sin moverse, y Francesco acusó el pismo en el gesto de su rostro al ver a la muchacha.

Se acercó, y se sentó en otra butaca, junto a ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Francesco... ¿está usted bien? ¿Y Antonia? ¿Dónde está Antonia, qué ha pasado...?

—Calma, calma. ¿Cómo sabe usted que ha pasado algo, y cómo se le ha ocurrido esperarme aquí, sabiendo perfectamente que a estas horas yo debía estar en Turín?

—El padre de Antonia llamó a casa. Parece que Antonia le dijo que llegarían ustedes después del almuerzo, y el hombre estaba muy preocupado. Llamó al apartamento de Antonia y como no obtuvo respuesta, llamó a la villa de su socio, pero no pudo localizar al señor

D'Azeglio.

Por fin, llamó a casa. Le dije... le dije que no sabía nada, pero que suponía que Antonia llegaría de un momento a otro a Turín, que debía haberse entretenido por el camino...

—Hizo usted muy bien —sonrió Francesco.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué hace usted aquí, y dónde está Antonia? Estoy muy preocupada, y muy nerviosa... ¿Dónde podemos hablar sin que yo llame la atención?

—Ante todo, tranquilícese. En cuanto al lugar para conversar

tranquilamente... ¿Qué le parece mi *suite*? Siempre y cuando al bello Gregorio no le inquiete eso. Por cierto: ¿dónde está?

—No lo sé —susurró Benedetta.

Francesco parpadeó. Luego asintió, se puso en pie y señaló hacia el ascensor. Poco después, los dos entraban en la *suite* de Francesco, que cerró la puerta con llave. Sonrió al ver la fija mirada que le dirigía Benedetta.

—¿Preocupada por el encierro? —preguntó.

—No. Eso no me preocupa en absoluto. Francesco.

—Pero los italianos somos algo especiales, ¿no le parece? Quizá a Scandiano no le guste que...

—¡Me da lo mismo que le guste o no! Además...

—¿Qué? —se sorprendió Francesco.

—He pensado... he pensado que quizá Gregorio esté... con Antonia. ¡Si no está con usted, si no salieron juntos hacia Turín...! ¡No entiendo nada de lo que está pasando! Y lo más... sorprendente de todo es que... me alegro de que Gregorio no aparezca... y que estés tú conmigo.

—Eso es muy halagador —murmuró Francesco—, pero no sé si entiendo bien lo que significa. Vamos a ver. Benedetta, tienes que calmarte, ¿de acuerdo? Siéntate aquí, y yo iré a cambiarme de ropa, mientras te tranquilizas.

—¡Pero quiero saber qué ha pasado!

Malatesta se quedó mirando amablemente a la muchacha. Por fin movió negativamente la cabeza.

—Me parece que no te lo voy a decir: eres demasiado emotiva. De modo que espérame aquí mientras me cambio, y te llevaré a tu casa. ¿De acuerdo? ¡Y no hay más que hablar!

Francesco dejó a la bella Benedetta en el saloncito de la *suite* y entró en el dormitorio. Se desnudó rápidamente, mirando con fría sonrisa las manchas de carmín en su camisa, y algunos pequeños desgarrones. También la chaqueta estaba manchada de carmín... ¡Vaya trío de víboras habían querido devorarlo! Reflexionó que, en el fondo, él era demasiado buena persona para tratar con según qué gentes.

Estaba ante el armario, a punto de sacar ropa limpia, cuando tuvo la sensación de no estar solo en el dormitorio. Se volvió, lentamente. Benedetta estaba en la puerta, mirándole fijamente.

Todo lo que llevaba puesto eran los zapatos de alto tacón. La mirada de Francesco recorrió lentamente el espléndido cuerpo desnudo de Benedetta de Castellamare.

—Quiero quedarme contigo —susurró la muchacha.

Malatesta parpadeó, eso fue todo Benedetta entró en el dormitorio, se acercó a él, y se colgó de su cuello. Sus pechos eran sólidos y cálidos. Benedetta le besó en la boca. Francesco puso sus manos en la cintura femenina. La piel era como seda tibia. La lengua de Benedetta encontró la suya, ofreciéndole una dulce caricia. Francesco se tensó cuando ella apretó más el vientre contra él, provocándole una inmediata y total reacción. Malatesta tenía la impresión de que dentro de su cabeza se habían separado algunas piezas, se había roto la armonía del conjunto, no podía pensar... Benedetta separó sus labios y lo besó en el cuello.

—No es porque Gregorio pueda estar con Antonia —susurró—: es porque lo deseé en cuanto te vi, Francesco...

Se abrazó ahora a su cintura, giró, y retrocedió hacia la cama, arrastrando a Francesco con ella... Cayeron en la cama. Benedetta le volvió a besar. Francesco puso una mano sobre los senos de ella, y percibió la tensa forma de los pezones que había visto grandes y oscuros, tan diferentes a los de Antonia. Eran los pezones de una morena ardiente, apasionada... El beso en la boca se estaba eternizando, la lengua de Benedetta era pura miel en la boca de Francesco Malatesta, cuyas manos seguían acariciando el terso cuerpo que se le ofrecía.

Se le ofrecía claramente. Benedetta había ido girando lentamente, y ahora yacía de espaldas completamente... Francesco Malatesta recordó algunas conversaciones sostenidas con las personas que más admiraba en el mundo, con espías de auténtica categoría excepcional... ¿Cómo decían ellos...? Ah, sí: jugando el juego. Cuando uno se mete en un asunto de espionaje, tiene que jugar el juego, tiene que seguir la partida... hasta ver qué juego tiene el contrario. Mas... ¿era Benedetta una contraria?

Ella tiró ansiosamente de él y Francesco se encontró por fin entre los sedosos, tibios, turgentes muslos de Benedetta de Castellamare...

Cuando la hizo suya, Benedetta emitió un jadeo de gozo, y se abrazó fogosamente a su cuello.

—Francesco... Francesco, mi amor...

* * *

—¿Estás cansado? —sonrió Benedetta, acariciándole.

—Un poco —murmuró Francesco.

—¿Tan cansado que no puedes ni hablar? —rió ella dulcemente—. Me has hecho tan feliz, Francesco... ¡He gozado tanto y tantas veces en tus brazos! Y no quiero que nos separemos. ¿Lo quieres tú, quieres que me vaya?

—Me gustaría invitarte a cenar —sonrió él—. Esta noche me toca a mí.

—¡Acepto! —rió ella, asiendo una mano de él y colocándola sobre sus ahora lánguidos y deliciosos senos—. Pero antes tienes que recuperarte. Pareces agotado. Espero que al menos puedas hablar para explicarme todo lo que ha pasado...

—Bueno, pues ha pasado que por tres veces te he...

—¡No me refiero a eso! —protestó Benedetta, riendo—. Me refiero a lo otro, a lo de tu viaje con Antonia, a todo eso. Quiero saber qué ha pasado.

—Me parece que tendría más fuerzas para hablar si antes cenásemos. Son más de las nueve.

—¡Francesco, tienes que decírmelo! ¡Debemos telefonar al padre de Antonia, darle alguna explicación...!

—Tienes razón —suspiró él—. Bueno, vamos a vestarnos, bajamos a cenar, y en cuanto mi organismo se ponga de nuevo en marcha, te lo explicaré todo. Y al decir eso de qué mi organismo se ponga de nuevo en marcha, me refiero a hablar, no a otra cosa.

—¡No te las des ahora de flojo! —rió Benedetta—. ¡Has sido maravilloso!

—¿Más que con Scandiano?

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Vas a echarme eso en cara? —murmuró—. Cuando conocí a Gregorio, ni siquiera sabía que tú existieras. Y supongo que a ti te ocurría lo mismo con respecto a mí. De modo que... no creo ser la primera mujer en tu vida, ¿verdad? ¡No puedes reprocharme eso ahora!

—Tienes razón —él giró, la besó en la garganta y acto seguido

saltó de la cama—. Bien, vamos a vestirnos y bajaremos a cenar y a charlar.

Benedetta abandonó también el lecho y corrió graciosamente hacia el saloncito, donde habían quedado sus ropas.

Francesco admiró la belleza elástica de aquel cuerpo espléndido que se le había rendido de placer tantas veces en sus brazos en poco más de una hora. Era increíble la capacidad de goce sexual de Benedetta.

El teléfono sonó cuando Francesco estaba terminando de vestirse.

—¿Sí? —Se irguió vivamente—. Sí, sí, póngame, por favor...

—¿...?

—Sí, soy yo. ¿Estás bien? ¡Espero que no...!

—¿Quién es? —Oyó la voz de Benedetta en la puerta del dormitorio.

Francesco se volvió y le hizo un gesto de espera, prosiguiendo la conversación telefónica.

—Dime, dime... ¿Qué?

—¿...?

—¿Conmigo en mi *suite*? Ah, bueno, ya te explicaré. ¿Quieres decirme de una vez lo que ocurre?

—¡...!

—¿Qué? ¡No es posible!

—¡...!

—¡Pero...! ¿Estás segura?

—¡...!

—¿Y tú qué has hecho?

—...

—¿Estás loca? —aulló Francesco, palideciendo—. ¡Por Dios, claro que estás loca! ¿Cómo te has atrevido a...?

—¡...!

—Está bien —suspiró Francesco—. Ya estoy calmado. ¿Dónde estás en este momento?

—...

—Pues escúchame atentamente, chiflada: quiero que te quedes ahí, que me esperes, y que no tomes absolutamente ninguna iniciativa más. ¡Ni se te ocurra acercarte a ese chalet de nuevo! ¡Y no te dejes ver hasta que me veas llegar con el «Mercedes»!

—¿...?

—¡Voy enseguida! —Francesco colgó el auricular, terminó de ponerse la camisa, y acto seguido la chaqueta, metiendo la pistola entre el cinturón y la camisa.

—Benedetta, tengo que marcharme ahora mismo. ¡Y no me pidas explicaciones, no tengo tiempo!

—¿Ni siquiera para decirme quién te ha llamado? Sé que era una mujer, pero... ¿Antonia, quizá?

—Perdóname, pero no tengo tiempo para nada. Ni para darte explicaciones, ni para cenar... lo siento.

—¿Te espero... o no hace falta que me moleste?

Francesco Malatesta se detuvo ante ella, y se quedó mirándola fijamente.

—Será mejor que vuelvas a casa... Yo me pondré en contacto contigo en cuanto me sea posible.

Y sin más, salió del dormitorio, y segundos más tarde de la *suite*.

* * *

Detuvo el coche en el lugar indicado, y miró ansiosamente a todos lados. Antonia apareció, caminando rápidamente, y segundos después estaba sentada junto a él mirándole fijamente.

—¿Quién estaba contigo? —preguntó.

Francesco frunció hoscamente el ceño.

—Antonia, estás loca... ¡Lo estás!

—Por ti —sonrió la muchacha—. Pero me parece que tú...

—Estaba con Benedetta.

Antonia Gasperi palideció.

—¿Qué hacia ella en tu habitación?

—Acabábamos de hacer el amor.

—Escucha, Antonia, yo no soy lo que parezco... Bueno, es posible que parezca un tonto, pero no lo soy. No demasiado, al menos. Estoy en Roma precisamente detrás de Scandiano, sobre el cual va te he dicho lo suficiente para que sepas qué clase de canalla es. Sé que se está tramando algo importante relacionado con los refugios antiatómicos que tu padre está construyendo, y quiero saber de qué se trata. Hubo un momento en que, como bien sabes, decidimos apartar a Scandiano de nuestro punto de mira, pero

ahora, tú dices que él salió del hotel «Capri» después de marcharnos nosotros... ¿Quieres explicarme eso?

—Francesco... ¿No me amas? ¿No me has amado sinceramente en ningún momento?

Malatesta sacó un pañuelo y limpió las lágrimas que se deslizaban por el rostro de Antonia.

—Escucha, criatura, hay en marcha un plan sobre cuyos alcances no tenemos ni idea, pero del que sí podemos estar seguros que no acarreará nada bueno para alguien. En ese mismo plan, está incluido tu asesinato. ¿Te parece que arreglemos primero tu supervivencia y que luego hablemos de amor?

—No has debido hacerlo con Benedetta, no has debido...

—¡Ya lo sé, y estoy arrepentido, pero tenía que jugar el juego, así me lo han enseñado, así lo he hecho! ¡Lo siento! ¡Siento haberte lastimado, siento haber estado con ella! Pero tenía que hacerlo, si quería conseguir algo.

—¿Y qué has conseguido?

—Cuando menos, he preferido convencerme de que te prefiero a ti. ¿Qué más puedo decirte? Mira, esto puede ser una historia de amor, para ti; para mí es un trabajo que me he tomado muy en serio, y que quiero terminar yo solo y con un triunfo completo. ¡Quiero hacerlo, tengo que demostrar que puedo hacer cosas como éstas siempre que sea necesario!

—¿Para ingresar definitivamente en la
C. I. A.?

Francesco suspiró.

—Antonia, dime qué pasó desde que nos separamos, te lo suplico.

—Volví delante del hotel «Capri», pensando que quizá yo viese a alguien que pudiera parecerme Arator Crispi, que llegase tarde. Y a los pocos minutos, vi salir del hotel a Gregorio Scandiano. Iba con otros dos hombres...

—¿Los conocías a éstos, también?

—No. Nunca los había visto.

—Está bien. Sigue.

—Scandiano y los dos hombres caminaron unos cuantos minutos, y luego se metieron en el coche de él, me refiero al de Scandiano. Entonces, los tres vinieron hacia esta parte de la ciudad.

Scandiano detuvo el coche delante del chalet del que te he explicado por teléfono, y los tres juntos entraron en él. Scandiano estuvo dentro alrededor de quince o veinte minutos, y por fin salió, se volvió a meter en su coche y se fue. Yo pensé en seguirlo con el taxi que tenía alquilado en el centro de Roma para seguirlos, pero me pareció que era mucho mejor venir a llamarte. Eso es todo.

—De acuerdo Hiciste bien. A Scandiano sabemos dónde encontrarlo, si así procede. Ya nos ocuparemos de él a su debido tiempo. ¿De modo que para seguirlos llamaste a un taxi...? Vaya —sonrió de pronto Francesco—, ¡toda una heroína de película! Pero ¿qué crees que podría haberte ocurrido si Scandiano o alguno de los otros se hubiese dado cuenta de que tú los estabas siguiendo?

—No lo sé. Quería ayudarte. Se me ocurrió que Scandiano tenía algo que ver con Arator Crispi, y que éste podía ser uno de los dos hombres que le acompañaban... O que quizá iban los tres juntos a ver a Crispi...

—Eres una chica muy inteligente. Bueno, no sé cómo va a acabar todo esto, pero ahora sé quién pudo informar a Crispi sobre mis pasos y los tuyos, y también sobre nuestro viaje a Turín: Scandiano. O sea, está metido en la jugada sucia, tal como temíamos. ¡Maldito cochino asqueroso! Indícame el camino hacia ese chalet.

—¿Qué piensas hacer? —Se asustó Antonia.

Francesco Malatesta arrancó, sin contestar.

CAPÍTULO VIII

El chalet estaba en una tranquila calle cerca de Piazzale Clodio y desde algunos puntos de aquella zona se veía relativamente cerca, la Ciudad del Vaticano, y prácticamente toda Roma.

De todos modos, el lugar no era precisamente distinguido, sino más bien mediocre, incluso un tanto sórdido. Las casas eran viejas, se veían espaciadas, y en la oscuridad se recortaban las siluetas de algunos pinos diseminados.

Francesco pasó por delante del chalet, echándole un vistazo. Había luz en una ventana. Asintió con la cabeza, y segundos después detenía el coche en un lugar apartado, distante del chalet, pero con vistas a éste.

Francesco paró el motor del coche, estuvo unos segundos pensativo y por fin miró fijamente a Antonia, que le miraba a su vez, esperando su decisión.

—Te diré lo que vas a hacer —murmuró Francesco—. Espero salir de aquí con la solución de este asunto, o al menos los datos suficientes para que yo mismo más tarde, o mis amigos, lo terminen. Pero si en determinado momento comprendes que algo me ha ocurrido, todo lo que tienes que hacer es volver a Roma, te instalas de una vez en un hotel en el que a nadie se le ocurra buscar a la millonaria señorita Gasperi, y aprietas este botón —le tomó una mano y se lo puso en la palma—. Antes de doce horas, unos amigos míos acudirán a ti, querrán saber por qué tienes tú este pequeño emisor que los habrá atraído y entonces les explicarás a ellos absolutamente todo cuanto sabes por ti misma, lo que hemos ido sabiendo los dos, lo del chalet, lo de Gregorio Scandia no, que sin duda me vio en el «Capri» y se escondió... Se lo explicarás todo a ellos. ¿Sí, Antonia?

—Sí... Sí.

—Bien. —Francesco sonrió y le tomó el rostro entre sus manazas —. Bien, así me gusta. Por favor, no se te ocurra hacer nada diferente. No se te ocurra tomar ninguna iniciativa. ¿Está esto claro?

—Sí. ¿Te preocupa lo que pueda ocurrirme?

—Ésa es una pregunta tonta —murmuró Francesco Malatesta—, y aquí, el único tonto a la vista que hay soy yo.

Acercó su rostro al de la muchacha, la besó en los labios, la soltó y salió del coche.

Un minuto más tarde estaba frente a la puerta del deslucido chalet, en el cual seguía habiendo luz en una ventana. Con el codo, Francesco tocó el bulto de la pistola en su cintura. Luego, pulsó el timbre de la puerta.

Estaba a punto de hacerlo de nuevo cuando oyó la voz al otro lado, en deficiente italiano, preguntando quién era. Malatesta aspiró hondo. Allí iba el todo por el todo...

—Me envía Arator —dijo, acercando la boca a la juntura de la puerta—. Arator Crispi. Ha surgido un imprevisto.

La puerta se abrió inmediatamente. E inmediatamente también, Francesco comprendió que su jugada iba por buen camino. Sonrió al hombre que había abierto la puerta, y que le miraba expectante, como preocupado.

—¿Qué imprevisto? —preguntó el hombre.

Francesco captó mejor ahora el tono francés del desconocido. Un francés.

¿El otro también era francés? ¿Y qué zambombas pintaban dos franceses en aquel juego de refugios antiatómicos fabricados en Italia?

—Será mejor que hablemos dentro —señaló Francesco hacia el interior de la casa—. De este modo, los informaré a los dos al mismo tiempo.

Entró. El hombre cerró la puerta. En el pequeño recibidor apareció otro hombre, que preguntó en francés qué ocurría. El que había abierto la puerta mencionó el imprevisto...

Entraron los tres en la pequeña salita, de aspecto vulgarmente acogedor. No estaba mal la casita, en definitiva. Pero Francesco comprendió pronto que era una de esas que se alquilan amuebladas

por temporada:

Es decir, que al parecer, Gregorio Scandiano había alquilado aquella casa con el objeto de llevar allí a aquellos dos hombres. Sí... Primero, a su llegada de Francia, ellos se instalan en el «Hotel Capri», un lugar discreto, anodino, vulgar. Como la casa en que estaban ahora. Allí, en el «Capri», debía haberse desarrollado la entrevista entre Arator Crispi, los dos sujetos y Gioberto D'Azeglio.

Pero, algo sucede, y Arator Crispi no se presenta. Sin embargo, en su lugar aparece Scandiano, que retira del hotel a los dos franceses y los lleva a la casa...

—Bien, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó el hombre que había abierto la puerta—. ¿Cuál es ese imprevisto?

Francesco señaló al otro sujeto.

—¿El no entiende el italiano?

—Por supuesto que sí. Los dos lo hablamos, aunque no demasiado bien. ¿De qué imprevisto habla usted? Cuando Arator Crispi nos trajo antes a esta casa nos aseguró que todo estaba en orden, que no teníamos que preocuparnos por nada.

Malatesta tardó un par de segundos en asimilar el definitivo significado de las palabras de aquel hombre.

Sí, había oído bien: el sujeto acababa de decir que Arator Crispi los había instalado antes en la casa: sin embargo, a Francesco le constaba, por el informe de Antonia, que quien había llevado a aquella casa a los dos hombres había sido Gregorio Scandiano. Entonces...

Francesco se dio una palmada en la frente.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Ahora lo comprendo todo!

—¿Qué?

La mirada de Malatesta pareció enturbiarse, sus párpados se enturbiaron. ¿Cómo había podido ser tan tonto? ¡Realmente, era un tonto! ¡Tonto a la vista! Llegaba a Roma, empezaban a soltarle nombres, y él se lo creía todo...

Bueno, era cierto que Arator Crispi había sido el director de toda la jugada, el que tenía contratados criminales capaces incluso de bombardear un coche con una preciosa chica dentro para que

D'Azeglio

se quedase con la dirección de la industria de los

V. A. R. A...

Todo eso era cierto. Pero no menos cierto era que Arator Crispi, el hombre invisible, era Gregorio Scandiano... ¡Gregorio Scandiano y Arator Crispi eran la misma persona...!

—Oiga —le estaba moviendo por un brazo el francés—. Le estamos preguntando qué ocurre.

La mirada de Francesco se centró en el sujeto.

—¿Qué? —inquirió de nuevo.

—¿Es usted sordo? —Gruñó el hombre.

—Sí —admitió—. La verdad es que soy sordo... Sordo como un culo, señor mío. ¿Usted ha visto alguna vez algo más sordo que un culo?

El hombre estaba pasmado, lo mismo que su compañero. No era fácil imaginar una sordera como la que describía Francesco Malatesta.

—Escuche, si ha venido a decir tonterías...

—Pues mire usted —cortó Francesco— la verdad es que sí he estado haciendo y diciendo tonterías hasta ahora, pero eso se acabó. A partir de este instante ya no soy tonto, sino listo. Y lo primero que voy a hacer para celebrar mi listeza, es ponerme a aplaudir... en su cara. Observe qué aplauso, *monsieur*.

El aplauso consistió en una tremenda bofetada en la mejilla del francés.

Una bofetada violentísima, escalofriante, que alzó al hombre del suelo lanzándolo hacia atrás con los pies más altos que la cabeza.

Una bofetada capaz de desnucar a cualquiera... y acto seguido, cuando todavía el hombre estaba volando de espaldas, Malatesta se acercó de un salto al otro sujeto, que tras reaccionar rápidamente, comenzaba a correr hacia la puerta.

Lo frenó en seco el puñetazo, en pleno estómago. El hombre quedó como si estuviera clavado en una viga, desorbitados los ojos, desencajado el rostro. Luego, en silencio, como muerto, se desplomó a los pies de Francesco.

El otro estaba ahora tendido en el suelo, colocado a gatas, y sacudía la cabeza. Francesco se acercó a él, lo asió por la ropa del cuello y lo puso en pie como si fuera un muñeco.

—Otro aplauso —dijo Francesco.

La segunda bofetada derribó al hombre sin sentido. Francesco se

sacudió las manos, y se quedó en el centro de la salita, con expresión satisfechísima.

—Y esto no es nada —dijo en voz alta—: Esperad a que agarre a Scandiano y vais a ver lo que es aplaudir de verdad. Pero mientras tanto, charlemos. Sí charlemos.

Lo primero que hizo fue registrar a los dos hombres, primordialmente en busca de armas, que no llevaban. Luego, examinó sus billeteras, rebosantes de billetes italianos, que Francesco se guardó con gesto elegante.

—Para amortizar el gasto de la motocicleta —dijo.

Los documentos encontrados en las billeteras indicaban que sus propietarios se llamaban Melchior Nomcher y Jean Desmarets. Muy bien. Se quedó también con las billeteras, luego agarró a Nomcher y Desmarets, y los sentó juntos en el sofá, apoyándolos uno en el otro. Las mejillas del llamado Nomcher estaban hinchadas y enrojecidas, daba pena verlas.

—Me parten el corazón —dijo, con gesto compungido.

Encontró la cocina en cuestión de segundos, y en ésta, un par de cuchillos de hoja grande y bastante afilada. Regresó a la salita, se sentó en un sillón y esperó. No mucho. En menos de cinco minutos, los dos hombres habían vuelto en sí, se sentaron sin necesitar el apoyo del otro y se quedaron mirándolo aterrados. El «tonto» les sonrió amablemente.

—Es que en mis locos años jóvenes fui boxeador. Nada del otro mundo, desde luego, y por poco tiempo, porque pillé un cabreo tremendo cuando me rompieron la nariz, y me dediqué a otra cosa. No me va mal, no crean. Y si hubiera seguido boxeando, quizá ahora estaría tonto de verdad, ya saben, sonado. A propósito, ¿a qué se dedican ustedes?

Los dos hombres permanecieron en silencio. Francesco alzó las cejas, como sorprendido grandemente por aquella falta de sociabilidad. Se echó la chaqueta hacia afuera, dejando visible la pistola en la cintura, y cogió un cuchillo, con cuya punta pareció dedicarse a limpiarse las uñas.

De pronto, miró a los dos hombres, con la expresión de quien acaba de tener una sorprendente idea, una revelación.

—Oigan: ¿ustedes tienen testículos? —preguntó.

Nomcher y Desmarets se atragantaron. Francesco se pasmó.

—¿No lo saben? Bueno: ¿y pene? ¿Tienen ustedes pene? Ya saben a qué me refiero, ¿eh?

Ninguno de los dos hombres contestó. Francesco no salía de su pasmo.

—No saben, no contestan —dijo—. Bueno, será cuestión de enterarme por mi cuenta. Y les diré una cosa: si resulta que sí tienen de eso, será por poco tiempo, porque con este cuchillo, ¡zas!, les voy a cortar todo lo que cuelgue. ¿Me explico? —Hizo un gesto feroz con el cuchillo en el aire—. A menos, claro está, que ustedes tengan la amabilidad de contestar a mis preguntas. Vamos a empezar por el principio otra vez: ¿a qué se dedican ustedes?

—Trabajamos... —Maulló Desmarets, y se aclaró la voz—, trabajamos en una central nuclear, en Francia.

Francesco miró lentamente de uno a otro.

—En una central nuclear... —susurró—. ¿Qué clase de central nuclear?

—Bu-bueno, pues... en una central nuclear, simplemente...

—Simplemente. Quiere decir en una de esas centrales que en determinado momento pueden... estropearse, tener fugas, contaminar el ambiente... alrededor, en varios kilómetros, pongo por caso. ¿Como las que tuvieron fugas en Estados Unidos no hace mucho, y toda la zona tuvo que ser desalojada? ¿Como ésas?

—Sí... Sí.

—Muy bien. ¿Y qué negocio pueden tratar dos tipos listos como ustedes con un sujeto como Scandiano?

—¿Con quién?

—Gregorio Scandiano. Aunque ustedes lo conocen con el nombre de Arator Crispi, según entiendo. Me refiero al sujeto que los trajo aquí esta noche. ¿Qué tienen que ver con él... qué están tramando entre los tres?

Ninguno de los dos contestó esta vez. Francesco Malatesta estaba lívido. En realidad, no necesitaba que le contestaran la última pregunta. Estaba seguro de conocer la respuesta, y esto era lo que lo tenía lívido, demudado el rostro. De tonto, nada. Por fin, de una vez por todas, lo comprendía todo.

—La puta que os parió —tembló su voz—. ¡La grandísima puta que os parió, criminales de mierda...! ¿Estáis tramando provocar una fuga en esa central nuclear de Francia? ¿Eso es lo que estáis

tramando con Scandiano? ¡Contestad!

—Bueno, estábamos... negociando con Crispi... No es que hayamos aceptado...

Francesco se puso en pie de un salto, que lo llevó ante el sofá. La mano que sostenía el cuchillo se echó hacia atrás.

—Os voy a clavar como si fueseis cucarachas —jadeó—. ¡Os voy a clavar en vivo! ¿De modo que es eso? Estáis en tratos con Scandiano para provocar una fuga de radiactividad en esa central, para llevar a cabo ese sabotaje que costaría la vida a cientos de personas muy pronto, y que se extendería rápidamente por una amplia zona, causando primero el pánico y seguidamente enfermedades y taras de todas clases... Estáis tramando eso, a fin de provocar la alarma, el pánico, en toda Europa, y conseguir así que todos aquellos que tengan dinero suficiente se decidan en el acto a comprar refugios de alto *standing*, refugios caros, seguros, magníficos... Refugios

V. A. R. A.

en una palabra. Y así, con el súbito incremento de las ventas, ganaréis una fortuna incalculable. ¿Es eso? ¡¿Es eso?!

La respuesta llegó por detrás de Francesco:

—¿De modo que no es usted tonto. Malatesta?

—¡Tiene una pistola! —chilló Nomcher—. Tiene una pistola.

—No se ponga histérico, Nomcher —recomendó la voz de Gregorio Scandiano—. Y usted, Malatesta, retroceda un par de pasos, de espaldas, tal como está, y deje caer esa pistola al suelo. Tenga cuidado, porque yo también tengo una... No, rió, ustedes dos no se muevan de ahí, ya están bien. ¿Qué espera. Malatesta?

Francesco se pasó la lengua por los labios. Luego, retrocedió un par de pasos, dejó caer la pistola y el cuchillo, y se volvió.

Su palidez aumentó al ver junto a Scandiano a la muy bella, morena, apasionada, deliciosa Benedetta de Castellamare, que le miraba con ojos relucientes de furia, de odio.

—Comprendido —murmuró—. El error fue mío, al mencionar el chalet mientras hablaba por teléfono. ¿No es cierto, Benedetta? Y en cuanto me fui, avisaste a tu amante, y habéis venido pisándome los talones, por si el chalet que mencioné era éste.

—Cerdo —jadeó Benedetta, lívida—. ¡Cerdo!

—Puede que yo sea un cerdo —admitió Francesco—. Pero tú

eres una cerdita y Scandiano un cabrón, por enviarte a sonsacarme qué estaba ocurriendo sin importarle que para conseguirlo tuvieras que ser cariñosa conmigo. Supongo que estabais intrigados: venga enviar gente contra mí, y venga desaparecer esa gente... A usted debían dolerle los cuernos de tanto pensar, ¿verdad, Scandiano?

—Mátalo —exigió histéricamente Benedetta—. ¡Mátalo, Gregorio, mátalo, mátalo...!

—Todavía no —dijo Scandiano, pálido de rabia.

—¿No? —se sorprendió Francesco—. ¿Qué espera? ¿Que vuelva a ponerle los cuernos con Benedetta?

—¡Mátalo! —aulló Benedetta—. ¡Ya nos arreglaremos de otro modo con lo de mi abuela!

Francesco se quedó mirándola desconcertado. Luego, en sus facciones apareció una expresión de incredulidad... y de espanto.

—¿Tu abuela? —murmuró—. ¿Ella también. Benedetta? ¡Dios, no es posible! Pensabais utilizarme a mí, situarme como el asesino de ella, ¿no es cierto? Pretendéis llevarme allá, ¡matar a tu abuela y arreglar las cosas de modo que parezca que lo hice yo, y que luego Scandiano me disparó, cuando yo abría la caja fuerte, para robar los planos de los

V. A. R. A...

¿Eso habéis planeado? Sí, lo habéis hecho. Los dos. Queréis quitar a la Duquesa de en medio, así serás tú la heredera del título, del «palazzo», de la concesión de ventas de los

V. A. R. A.,

que fabricaría para vosotros Gilberto

D'Azeglio

tras haber quitado de en medio a los Gasperi...

—Decididamente —sonrió con frialdad Scandiano—; no es usted un tonto. Malatesta. Se ha estado divirtiendo con nosotros, desde luego. Pero el juego va a cambiar. Lo primero que va a hacer es explicarnos todo lo sucedido, y dónde está

D'Azeglio,

qué pinta usted en todo esto... Luego, ya veremos lo que hacemos con usted.

—Entonces, es cierto todo. —Francesco sólo miraba a Benedetta—. Es cierto lo que he dicho, entre los dos habéis tramado todos esos monstruosos planes: el asesinato de Antonia, de tu abuela, la

fuga nuclear en esa central de Francia... ¡Todo!

—Siéntese en ése, sillón —señaló Scandiano con la mano izquierda, sin dejar de apuntar con la derecha a Francesco— y explíquenos quién o qué es usted realmente y qué ha estado sucediendo. Tenemos que saber a qué atenernos antes de continuar adelante.

—Ya no podrán continuar —sonrió Francesco, pese a que estaba pálido—: he puesto en marcha una maquinaria que los arrollará; se escondan donde se escondan, ya no tienen salvación... a menos que hagamos un trato.

—¿Un trato? —sonrió pérfidamente Scandiano—. No está en condiciones de ofrecer tratos, Malatesta.

—Llevo un talonario de cheques, y puedo autorizar el pago hasta de dos millones de dólares —dijo Francesco—. Esa cantidad está realmente a mi disposición en cierto Banco suizo, por si era necesario demostrar que disponía de tal cantidad. Mi trato es éste, Scandiano: yo les firmo el cheque por dos millones de dólares, y usted me concede cinco segundos de ventaja. Sólo cinco segundos. Si me alcanza, mala suerte. Y si no me alcanza... volveremos a encontrarnos algún día.

—No le haga caso —jadeó Benedetta—. ¡No le creas, Gregorio! ¡Mátalo!

—Zambomba, qué manía —le sonrió Francesco—. ¡Y pensar que hace apenas una hora te morías de gusto entre mis brazos mientras yo te poseía alegremente! Lo pasamos bien, después de todo, ¿no te parece?

—Malatesta, deje de provocar —masculló Scandiano—. Y saque ese cheque y fírmelo.

—¡No! —protestó Benedetta—. ¡Todo es mentira, Gregorio...!

—Quizá no. Recuerda que él os firmó un cheque por un millón setecientos mil dólares, así que debe ser cierto que llegó respaldado por ese dinero. Si podemos cobrarlo en Suiza, bien, y si no pues no habremos perdido nada. Firme el cheque, Malatesta.

—Un momento, un momento... Recuerde que hemos hecho un trato...

—Desde luego —sonrió Scandiano—. Seguro que sí, hombre. Vamos, firme ese cheque y le daré cinco segundos de ventaja.

—Gregorio, no —insistió Benedetta—. ¡No le des...!

—¡Cállate de una vez! ¿No comprendes que es imposible que escape a varias balas? ¡Y usted, firme de una maldita vez su maldito cheque! ¡Cuidado con esas manos!

Francesco quedó a mitad de abrirse la chaqueta.

—Oiga, si tengo que firmar un cheque necesito la pluma y el cheque mismo —gruñó—. Decídase de una vez: ¿lo firmo o no?

—Mueva las manos muy despacio, y que yo las vea bien en todo momento.

—Muy bien.

Francesco Malatesta se movió con exquisito cuidado, separando su chaqueta, sacando el talonario de cheques, la pluma estilográfica... Bien claro vio que no llevaba ningún arma. Se sentó en un sillón, y colocó el talonario sobre una rodilla. Scandiano lo miraba con suma atención, vigilante. Francesco extendió el cheque, lo firmó y se puso en pie.

—Aquí tiene, Scandiano. Y ahora...

—Ahora, ¿qué? —rió Scandiano.

—Entiendo. Nada de los cinco segundos de ventaja, ¿eh?

—Nada de nada. Pero gracias por el cheque. Servirá para dar una buena propina por sus servicios a Desmarets y Nomcher, de modo que a

D'Azeglio

le resulte menos costosa la operación del soborno.

—Mucho me temo que el señor

D'Azeglio

ya no va a poder intervenir en la operación de ningún modo. Ni usted tampoco, Scandiano.

—Ya veremos. Explíqueme ahora todo lo que...

—Sólo le voy a explicar una cosa: comprendo a quien odia y mata fríamente a los tipos como usted. Es algo así como una... ejecución, una eliminación de alimañas.

—Va a conseguir que finalmente me enfade con usted. Malatesta y entonces lo va a pasar peor que muriendo rápidamente.

Francesco Malatesta sonrió como tristemente, y dijo:

—Adiós, cornudo.

La pluma estilográfica apuntaba al rostro de Scandiano y Francesco sólo tuvo que apretar la base del plumín para que se produjera el disparo. La capucha de la pluma reventó, partiendo

algunas partículas hacia el rostro de Scandiano, dejando visible el pequeño fogonazo. Scandiano lanzó un alarido espantoso, se llevó las manos a la cara dejando caer la pistola, y retrocedió un paso, tambaleándose, comenzando a caer, ahora llenas de sangre las manos y el rostro.

En tan sólo un par de segundos más, todo quedó decidido en la salita de estar del pequeño chalet romano.

Desmarets lanzó un chillido de miedo y furia, se dejó caer de rodillas hacia adelante, y su mano derecha empuñó la pistola que Malatesta había dejado caer poco antes. Benedetta miró horrorizada el rostro de Scandiano, que ya caía hacia atrás, pendulando ahora los brazos inertes, mostrando la horrenda mueca de su rostro ensangrentado, y luego la muchacha miró a Francesco, que todavía sostenía la pluma...

—¡Nooooo...! —chilló Benedetta, dando la vuelta y echando a correr hacia la puerta de la casa.

Francesco no le hizo caso, porque toda su atención se centró en Desmarets, que le estaba apuntando con la pistola... y su pluma sólo disponía de un disparo, ya agotado.

En el momento en que Desmarets disparaba, Francesco saltaba hacia el sillón donde había dejado el otro cuchillo, y su mano se cerraba, crispada, en la hoja de acero. Oyó el crujido de la primera bala cerca de su cabeza, y se echó sobre el respaldo del sillón, derribándolo e intentando oponerle entre él y Desmarets, que volvió a disparar rápidamente, por tres veces...

Casi fuera ya de la salita. Benedetta de Castellamare recibió los dos últimos disparos en plena espalda. Lanzó un aullido, giró y cayó rodando de espaldas... mientras Francesco, arrodillado tras el sillón volcado, alzaba la mano que sujetaba el cuchillo. Desmarets, que miraba pasmado a Benedetta, chilló al darse cuenta de lo que sucedía, y también Nomcher chilló... Pero ya el cuchillo salía de la mano de Francesco Malatesta con terrible fuerza.

No se clavó en el cuerpo de Desmarets, sino que golpeó, de lado, en pleno rostro del francés, provocando una tremenda brecha desde el centro de la frente al pómulo derecho. Fue un impacto realmente brutal, sangriento, espectacular, que arrancó una espantosa serie de berridos del francés, el cual se olvidó de que tenía un arma en la mano. Y ya no tuvo ocasión de nada más: Francesco llegó ante él, y

le propinó un puntapié en el estómago que lo abatió sin sentido de nuevo, sangrando copiosamente.

Nomcher, que se había puesto en pie, pero que parecía no saber qué hacer, no tuvo que preocuparse por tomar decisión alguna: el puño derecho de Francesco le partió la mandíbula de un golpe, y lo lanzó por encima del sofá como un guiñapo.

En un instante, Malatesta se encontró de nuevo dueño de la situación. Maquinalmente, recogió el cheque, lo hizo añicos y sólo entonces, como en sueños, se acercó adonde yacía Benedetta, cuyos ojos desorbitados ya no podían verle.

—Dios... ¡Dios!

Cerró los ojos de la muchacha, se irguió y se acercó a Scandiano, que también estaba muerto. Francesco Malatesta sentía deseos de escapar de allí, como una defensa para evitar el asco que le subía desde el estómago. Y seguramente habría acabado por vomitar si en aquel momento no le hubiera sobresaltado el estruendo del fortísimo golpe y toda la casa no hubiera temblado, como si acabaran de descargarle un mazazo.

Francesco recogió su pistola y corrió hacia la puerta, que había saltado de sus goznes y proyectada contra la pared de delante del hueco... en el que se veía ahora el morro del «Mercedes» abollado, rotos los faros.

El cristal del parabrisas había saltado hecho añicos, que cubrían como pequeños diamantes a Antonia Gasperi, la cual, por el hueco, miraba con expresión desorbitada a Francesco, cuyo gesto se convirtió en pasmo absoluto.

Se acercó al coche y miró como enloquecido a Antonia, que se sujetaba todavía fuertemente con ambas manos al volante.

—Pero... ¿qué te ha pasado? —exclamó.

Antonia Gasperi se echó a llorar explosivamente.

Y Francesco Malatesta comprendió lo que había pasado: la dulce y delicada señorita Gasperi había visto a Scandiano y a Benedetta entrar sigilosamente en la casa utilizando la propia llave de Scandiano, había comprendido que él se iba a encontrar en apuros, que lo iban a sorprender... Y para ayudarle a salir del atolladero, para distraer a Scandiano y darle ocasión a él de reaccionar, no se le había ocurrido nada mejor que lanzarse con el coche contra la puerta de la casa...

ESTE ES EL FINAL

Antonia cerró la puerta del refugio antiatómico, y se volvió a mirar a Francesco, que miraba decepcionado alrededor.

—Esto parece un apartamento, simplemente —dijo Francesco.

—Por dentro, sí —asintió ella—. Y está acondicionado con todo lo necesario para una larga supervivencia sin necesidad de salir al exterior durante bastante tiempo. Como ves, todo lo que hay dentro es lujo, todo sofisticado, confortable... pero lo realmente interesante de los

V. A. R. A.

son sus muros y su ensamblamiento, así como sus sistemas de cierre hermético que... ¿Qué haces?

Francesco, que le había abrazado por la cintura, frunció el ceño.

—Te estoy abrazando —masculló—. Para besarte.

—No te molestes, gracias.

—Escucha —gruñó él—. ¿Puedes decirme por qué me has traído aquí, si tanto deseas mantenerme alejado de ti?

—Tú me viniste a pedir que, finalmente, te mostrara un

V. A. R. A.

por dentro. Yo no te busqué. Después de todo aquello nos separamos... y has tardado una semana en aparecer por Turín.

—Escucha, Antonia, ya te lo expliqué, ¿no? —comenzó a mosquearse Francesco—. Yo pertenezco al cuerpo diplomático de los Estados Unidos, y entre mis muchos amigos hay algunos agentes de la

C. I. A.,

a los que oí comentar todo eso del asqueroso y criminal tipo llamado Scandiano. Como yo tenía afán de aventuras, les dije que me dejaran trabajar el asunto aprovechando mis vacaciones en la

embajada donde trabajo... Primero se rieron, pero luego les pareció realmente divertido que un buen muchacho como yo tuviera agallas para meterse con un sujeto como Scandiano. Me hicieron jurar que no mencionaría a la

C. I. A.

ni aunque me estuviesen cortando en rebanadas, pero me garantizaron un apoyo en la sombra. Lo cumplieron, ¿verdad? Entre esos amigos míos y los del servicio secreto italiano arreglaron la parte final del asunto, y todo ha terminado bien... para los buenos, que somos tú, yo, tu padre y esas personas que habrían muerto si se hubiera producido la fuga radioactiva en aquella central nuclear francesa... Pues bien, ¿eso no merece ser celebrado?

—¿De qué modo?

—Hazme una sugerencia —propuso Francesco.

—Podrías aplaudirte a ti mismo por lo listo que eres, señor Malatesta.

—¡Y dale con Malatesta! ¿Cómo he de decirte que me llamo Frank Lorigan, que soy diplomático americano en Italia, que se puede ir al demonio la

C. I. A.

y esa asquerosidad llamada espionaje... cómo he de decirte, en fin, que te amo?

—¿Más que a Benedetta?

—Está bien —murmuró Lorigan-Malatesta—. De acuerdo, si no puedes olvidarlo, si eres tan rencorosa, lo mejor es que nos digamos adiós. Yo te habría perdonado a ti cualquier cosa. Antonia, pero si tú ves las cosas de otro modo...

Frank Lorigan soltó a Antonia Gasperi, y se volvió hacia la solidísima, hermética, inexpugnable puerta del refugio antiatómico, con la que estuvo forcejeando unos segundos antes de mascullar:

—¿Cómo demonios se abre esto? ¡La voy a emprender a patadas con esta maldita puerta...!

Se volvió hacia Antonia... que ya estaba casi completamente desnuda, y que le sonrió y dijo:

—Aquí dentro, la temperatura es ideal.

Malatesta-Lorigan entornó los párpados.

—Antonia, ¡no me provoques!

—Francesco: ¿tú eres capaz de amar de verdad a una sola

mujer? —susurró la muchacha—. Por ejemplo, a mí. ¡A mí sola!

—Podría intentarlo —susurró Frankie.

—Entonces, deja esa puerta en paz, ¿quieres? Tenemos de todo aquí abajo... ¿Acaso te espera otra mujer ahí fuera?

—Supongamos que sí —sonrió de pronto él—. ¿Qué tendrías que decir entonces?

—¿Decir? —Ella se colgó de su cuello—. ¡Si afuera te está esperando otra mujer, esa puerta no será abierta nunca jamás, nunca podrás salir de esta cárcel!

—Estupendo —dijo Malatesta, comenzando a quitarse la chaqueta—. ¡Estupendo! ¡Zambomba, vamos a ser los primeros fugitivos del terror atómico que pasan su luna de miel en un refugio antibiótico!

—¡Qué tonto eres! —rió dulcemente Antonia, abrazándose a Francesco.

—¿Tú crees? —susurró Malatesta, acercando, su boca a los sonrosados labios de la muchacha.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...

Notas

[1] La traducción del nombre italiano Malatesta sería Malacabeza.



[2] Servizio de informazione e Difensa, el Servizio Secreto italiano.